

AÑO 1: FAMILIA NUEVA EN LA NUEVA COMUNIDAD

Ciclo Básico de Formación Rama de Familias de Schoenstatt



1

- **Reunión 1: Familia nueva, unida en el amor y sana en sus vínculos**

Objetivo: Conocer la visión de la nueva familia que Schoenstatt propone para el tiempo actual, en su unión en el amor y vínculos sanos.

- **Reunión 2: Familia nueva, arraigada en la fe y misionera**

Objetivo: Conocer la visión de la nueva familia que Schoenstatt propone para el tiempo actual, es su arriago en la fe y misión apostólica.

- **Reunión 3: El grupo, una comunidad de formación y oración**

Objetivo: Introducir vitalmente lo que es un grupo de Schoenstatt y su importancia para nuestro crecimiento como familia.

- **Reunión 4: Nuestro diálogo matrimonial**

Objetivo: Tomar conciencia de la importancia de nuestro diálogo matrimonial para gestar un estilo de vida mariano.

- **Reunión 5: El diálogo con nuestros hijos**

Objetivo: Descubrir cómo transmitirle a nuestros

hijos los valores de nuestra familia y buscar costumbres familiares que aseguren un auténtico diálogo con ellos.

- **Reunión 6: El respeto mutuo**

Objetivo: Descubrir que el respeto es la base sobre la cual se construye un matrimonio feliz y cerca de Dios.

- **Reunión 7: Perdón y resolución de conflictos**

Objetivo: Descubrir la riqueza e importancia del perdón en la vida matrimonial y familiar.

- **Reunión 8: Sacramento del Matrimonio, don y tarea**

Objetivo: Reconocer el sacramento del matrimonio como regalo para conquistar y vivir el ideal de familia cristiana.

- **Reunión 9: Acogiendo los desafíos de la mano de María desde nuestro Santuario**

Objetivo: Descubrir el estilo original de Schoenstatt, y el Santuario como lugar de gracias.



REUNIÓN 1

Familia nueva, unida en el amor y sana en sus vínculos

OBJETIVO

Conocer la visión de la nueva familia que Schoenstatt propone para el tiempo actual, en su unión en el amor y vínculos sanos.

3

Contenido

“Se trata por lo tanto de un problema existencial para la sociedad humana, especialmente para la Iglesia y el Estado, su subsistencia depende de los matrimonios y de las familias sanas; si queremos educar ciudadanos sanos y virtuosos, entonces debemos decir, que en la pequeña familia se deben cultivar estas virtudes en forma más cuidadosa y consciente”. [Cita del P. Kentenich a un círculo de pedagogos]

Reflexionemos individualmente y luego ponemos en común: ¿Cuáles son las principales fortalezas, debilidades y amenazas que vive

el matrimonio y la familia hoy?

Queremos ser una familia orgánica donde lo natural se entrelaza con lo sobrenatural y por eso es una familia atractiva, vigorosa, fuerte en las dificultades. Una familia consciente de su identidad y riqueza original, acogedora y abierta al entorno y las necesidades sociales.

- Familia unida en el amor: Un amor noble e integral que une a todos miembros y la abre a procurar el bien de los demás.
- Familia sana: que se basa en las leyes de la naturaleza, que respeta las necesidades sanas de las personas, no sólo unida en el amor, sino también en la verdad y la justicia.
- Familia arraigada en el mundo sobrenatural: providencialista, que cultiva el encuentro con el Dios de la vida, acoge su voluntad y procura construir con él como su instrumento.
- Familia misionera: Es preciso que la

célula fundamental de la Iglesia, la familia cristiana, sea evangelizada y a su vez se convierta en una familia evangelizadora.

Familia unida en el amor

“¿Conoces aquella tierra cálida y familiar... donde corazones nobles laten en la intimidad y con alegres sacrificios se sobrellevan... Son corazones cálidos, que se soportan mutuamente con disposición para el sacrificio.... Un amor que cobija, un amor que arde, un amor que en definitiva va fluyendo hacia el amor de Dios, que siempre aspira hacia lo alto” (Junio 1966) El ideal que el P. Kentenich propone al matrimonio y la familia, consecuente con el modelo de la Familia de Nazaret, es la santidad.

Ser santos es la vocación a que estamos llamados todos los cristianos, cada uno según su estado. Lo valioso y novedoso de esta propuesta es que desarrolla un camino de santidad, una espiritualidad, específicamente matrimonial-familiar, diferente a la de los religiosos y sacerdotes.

¿Cómo nos santificamos a través del matrimonio y de la vida familiar?:

a) Crecimiento en el amor conyugal

- Primer paso: Aprender a hacerse felices mutuamente. “Nuestro amor mutuo de esposos nos invita y exige, en primer lugar, que nos hagamos felices el uno al otro... Tomen conciencia de que el campo del amor en todas sus formas, es un campo de educación del amor... Todo amor es egoísta en su primera etapa... Al principio se coloca en primer plano la felicidad y la satisfacción propias; más tarde, cuando el matrimonio madura, la felicidad del otro es la que va pasando al primer plano”. Crecer ambos en el amor es desarrollar la actitud: mi principal interés es el bien del otro. En la expresión del amor, ciertamente, ha de tomarse en cuenta el plano de la ternura, de la comunicación espontánea, del diálogo profundo y los detalles que alegran la vida cotidiana, los pequeños regalos y servicios, una llamada por teléfono

y las salidas que reencantan el cariño.

- Segundo paso: Ayudarse mutuamente a progresar en el camino de la perfección. Nos dice el Padre Kentenich: “Todo amor representa un perfeccionamiento del hombre. Por tanto nuestra vida matrimonial en su integridad debe apuntar a ayudarse en el camino hacia una mayor perfección (...). A nosotros los casados, la vida matrimonial de todos los días nos ofrece muchas oportunidades de avanzar en el camino de la perfección y ayudar al cónyuge en ese mismo camino.

Algunos ejemplos. Cuando se está siempre junto al otro y se experimenta las falencias de cada uno, ¡qué difícil se hace entonces mantener el respeto por el otro! ¡Qué sacrificio y qué arte es para los esposos callar ante los demás los defectos del cónyuge! Cuando debo hacer valer mi derecho, ¿lo hago destempladamente o bien con respeto? Cuando llega la hora de llamar la atención al otro sobre ciertas faltas, ¿cómo lo hacemos? ¿gritándole? ¿O tratando de comprender con tacto y respeto las debilidades del otro, procurando sobrellevarlas con paciencia? No concentremos el amor matrimonial sólo en el amor sexual, sino cultivemos cuidadosamente todas las formas del amor hasta el grado del amor heroico (...) Así nuestro amor irá madurando y el acto conyugal pasará a ser espontáneamente expresión gozosa de comunión personal y espiritual”. (“Lunes por la Tarde”, 20, p.117)

- Tercer Paso: Coronar la maduración de nuestro amor matrimonial con la fidelidad mutua y total. “Que nuestro amor conyugal se corone con la diadema de la fidelidad inquebrantable”

¿Qué es fidelidad? Es mantener con mucho cuidado la pureza del primer amor. O también, la conservación pura, lozana y probada del primer amor. “Ser infiel no sólo significa irse con otro hombre o mujer. No, se es infiel cuando ya no le entrego entera y generosamente mi corazón a mi cónyuge, cuando ya no tengo más tiempo para él, cuando en vez de estar con ella o él dedico el

tiempo a mis ocupaciones favoritas, cuando me intereso por todo menos por mi propio cónyuge e hijos" ("Lunes por la Tarde", 20, p.139)

Positivamente entonces la fidelidad se traduce en el cultivo diario del amor conyugal y familiar en las formas tratadas anteriormente. Y agrega el P. Kentenich, que "sin la práctica religiosa no podremos mantener la fidelidad, vale decir, si no aseguro los tiempos de oración y la recepción de los sacramentos (Eucaristía y Reconciliación), cuando no nos esforzamos en hacer de la vida de amor una vida de sacrificios (en lo que sea necesario). ("Lunes por la Tarde", 20, p.140)

b) Educando y sirviendo a la vida original de cada hijo: Los hijos tienen una posición central en el ideal de la Familia de Nazaret, tal como se dio en la vida de Jesús, María y José. Han de ser acompañados por la comunidad de amor y educación que forman el padre y la madre. Los padres constituyen la raíz de la familia, de cuya calidad depende todo lo demás. Por eso es fundamental que su relación sea buena y profunda, fuerte y estable. Sin la aspiración y cultivo en esa línea será imposible una familia sana. Como padres y educadores han de procurar reflejar la paternidad y maternidad de Dios; para su tarea necesitan el apoyo y la complementación mutua.

Ante los hijos han de aparecer y actuar unidos, con los mismos criterios y objetivos en la educación. El escrito "La Familia, Misión y Carisma de la Rama de Familias" (FMCRF) nos dice acertadamente: "Para lograr esta unidad, necesariamente tendrán que conversar a menudo sobre los hijos, su manera original de ser y su desarrollo, lo que en cada uno hay que educar, apoyar y reforzar" (...)

El arma más eficaz que los padres tienen en la educación de sus hijos, es su propio ejemplo; lograr primero en ellos mismos, a través de la autoeducación, lo que quieren enseñar y transmitir. El cultivo de un contacto cercano y permanente con los hijos es lo que hace posible el intercambio de vida, el

traspaso de valores y actitudes que van conformando la persona. El enfrentar junto con ellos las dificultades y situaciones que afecten a toda la familia, ayudará inmensamente en la formación de criterios y despertará en los hijos, desde un comienzo, la responsabilidad por el hogar.

En este clima, los hijos se sentirán tomados en cuenta y apoyados por sus padres y aprenderán a compartir y ser solidarios entre ellos" (p.4-5)



Familia sana en sus vínculos

La familia es un lugar privilegiado para vivir el amor personal, pues en ella se dan todas las clases de relaciones: hombre - mujer; esposa - esposo; padre - madre; hijos, hermanos, etc. Ahí se aprende a relacionarse unos con otros en forma sana.

Nosotros queremos cultivar conscientemente un ambiente familiar sano, sin tensiones destructivas, que restan la alegría y que son causa de muchas enfermedades físicas como psicológicas (depresión, traumas, complejos, etc.)

Queremos también cultivar un ambiente acogedor, alegre, libre, donde cada uno pueda aportar su originalidad y los talentos que Dios le ha dado. Cultivar sanas relaciones humanas..

Es de fundamental importancia respetar las necesidades sanas de la naturaleza, como son: necesidad de descanso, diversión, vacaciones, expansión; desarrollo de los talentos: intelectuales, deportivos, artísticos, etc.

Como familia debemos encontrar los caminos que nos ayuden a desarrollar toda la creatividad y medios para que nuestra familia sea entretenida, alegre y atrayente para cada miembro de ella.

También damos mucha importancia a que nuestra familia sea abierta a otros, con preocupación y apertura a nuestra familia más amplia, al mundo, a lo social. Es de gran ayuda para un crecimiento sano, el hacer algún servicio a otros, a la comunidad, a los menos aventajados.

Debemos crecer en la conciencia de poder influir positivamente en nuestros ambientes para que surjan nuevas iniciativas de entretenimientos más sanas, mayor compromiso social. Todo esto, se convierte en seguros para que nuestros hijos sean forjadores de un futuro mejor, y estén más libres de caer en el alcohol, la droga, etc.

En definitiva, queremos lograr el equilibrio entre libertad, justicia y amor.

Dinámica

Cada matrimonio reflexiona:

¿Qué hacemos en la práctica para cultivar y hacer crecer nuestro amor natural como matrimonio y familia?

Luego se pueden compartir experiencias y reflexiones en grupo.

PROPÓSITO

Dejarse un tiempo, hasta la próxima reunión, para conversar las siguientes preguntas:

- ¿En qué hago feliz a mi cónyuge?
- ¿Qué aspecto de nuestro amor mutuo queremos trabajar de manera especial?

PARA SEGUIR PROFUNDIZANDO

"Lunes por la tarde", P. José Kentenich, Tomo 20
"La Familia, Misión y Carisma de la Rama de Familias de Schoenstatt", Movimiento Apostólico de Schoenstatt



REUNIÓN 2

Familia nueva, arraigada en la fe y misionera

OBJETIVO

Conocer la visión de la nueva familia que Schoenstatt propone para el tiempo actual, es su arriago en la fe y misión apostólica.

7

Contenido

Familia arraigada en la fe

Nuestra familia no sólo crece sana y armónica porque respeta las leyes naturales, porque está unida en el amor mutuo, sino porque ambas cosas están sustentadas por Dios, que es Padre, que ama a la familia y la protege.

El P. Kentenich dice al respecto: “Alegrémonos de las leyes naturales, alegrémonos de los éxitos y progresos de la técnica y de la medicina. Pero no olvidemos que las leyes de la naturaleza no son la norma última y definitiva de nuestro pensamiento, obra y

vida. Les repito la invitación: reafirmémonos, con ambos pies, sobre el fundamento de la fe.” (“Lunes por la tarde”, pág. 55)

Quizás muchos de nosotros debemos conquistar o reconquistar nuestra relación con Dios. Queremos conocerlo para amarlo y seguir su plan de amor. Precisamente porque nuestra fe no tiene la suficiente profundidad, ni la suficiente fortaleza, debemos rezar por su crecimiento. Muchas veces deberíamos decirle a Dios: “ Señor, yo creo, pero ayuda a mi poca fe” (Mc.9,24)

Para esto, no hay otro camino que aprender a rezar, a dialogar con El y confiarnos a quien nos puede enseñar el modo más efectivo de hacerlo: María en su Santuario.

Si acudimos a Ella, nos tomará de la mano y nos guiará hacia su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor. Ella nos enseñará a que Dios sea parte de nuestra vida, de todos los días y no un ente abstracto, a quien hay que cumplirle ciertas reglas.

Debemos ver mucho más al Dios de la vida. El está detrás de todo y nos sale al encuentro a través de: acontecimientos, personas, especialmente nuestro cónyuge y nuestros hijos. Sí, El sale siempre a nuestro encuentro, para decirnos que somos sus hijos y que nos ama para hacernos felices. También en cruces y sufrimiento que afrontamos como familia, El persigue un fin particular. ¿Será que quiere que acuda más a El, que confíe en El?

Debemos aprender a realizar aquella frase: "Orad continuamente", es decir, estar a menudo en contacto con Dios. No debemos medir nuestra piedad según la cantidad de oraciones que recitamos, pues no podemos hacer mucho; sino mantenernos en contacto con El durante el día. Deberíamos aprender a descubrir todo lo que a diario nos regala: un esposo o esposa noble, que los hijos estén creciendo bien, que tengamos pan... Dios también creó la naturaleza para mí, las estrellas, el sol, etc. Por eso, el estar con Dios es fuente de mi alegría porque lo puedo descubrir en cada pequeñez...

Se cuenta de un misionero que se había acostumbrado a ver a Dios detrás de todo, aún en lo más difícil de aceptar. Su respuesta era siempre: "justo lo que yo quería" Es el arte de ver la voluntad de Dios detrás de todo lo que me llega y decir siempre: "es justo lo que yo quería". Es lo mismo que repetía el Padre Hurtado: "Contento, Señor, contento." Recordemos que el Señor nos dice que aunque una madre olvidara a su hijo, El no nos olvida. Se nos invita entonces a ser esas familias marianas orientadas en ambos mundos: natural y sobrenatural.



Una familia misionera

Invertimos en la construcción de nuestras familias para poder ayudar a otras familias. Aspiramos y luchamos por la santidad familiar para poder santificar a otros. Es importante formarnos con esta conciencia y aprovechar toda la espiritualidad y la pedagogía de Schoenstatt para formarnos como familias santas, pero familias santas que no giran en torno a sí mismas, sino que están llamadas a ser misioneras, a irradiar la vida que poseen.

La autoeducación tiene una meta apostólica. La santidad nunca es para uno mismo; la santidad es una participación y una colaboración en la santidad de la Iglesia. Cada matrimonio, de acuerdo a su compromiso espiritual, se esfuerza por vivir su fe en medio del mundo para su santidad y para poder dar su aporte de vida a los demás.

Por eso mismo es importante formarnos con la conciencia que nuestra vida es para darla, es para compartirla. Esto se concretiza a través de nuestro actuar apostólico: por la palabra y por los hechos o acciones. Nuestra vida que se irradia, es interpelada por otros y nos piden compartir de palabra y acción lo que vivimos. Cada familia lo hará de acuerdo al compromiso apostólico que ha asumido frente a Dios y a la Mater. Es normal que el testimonio de vida suscite el testimonio de la palabra y de la acción. Estos son dos

elementos diferentes pero inseparables, uno condiciona al otro.

Participación de la familia en la vida de la Iglesia

La Iglesia necesita de la vitalidad de la familia al servicio de la renovación de nuestra Patria. Aparecida señala: “La familia, es uno de los tesoros más importantes de nuestros pueblos, es patrimonio de la humanidad entera. Por esa razón, debemos asumirla como uno de los ejes transversales de toda acción evangelizadora de la Iglesia.” La Iglesia requiere de nuestro testimonio y participación comprometida en la comunidad eclesial. Que se debería traducir en la vida parroquial, acudiendo a las convocatorias de la Iglesia local, conociendo sus orientaciones y llamados, estando atentos a sus necesidades. Desde el Santuario somos enviados como apóstoles, evangelizadores, testigos del encuentro gozoso con Cristo.

Características propias de las familias apostólicas de Schoenstatt

Para la formación de familias apostólicas en el espíritu de Schoenstatt es importante tener en cuenta algunas características propias del apostolado de nuestra Obra de Familias. Esto nos permite crecer orientados por ellas y esforzarnos por formarnos adecuadamente, buscando los medios que nos permitan configurarnos con esas características. (Cf. P. Rafael Fernández, “El árbol de la Militancia”, Edit. Patris).

• Un apostolado eminentemente laical: El apostolado de la Obra de Familias de Schoenstatt es un apostolado eminentemente laical. A diferencia de los sacerdotes y de las personas de vida consagrada del Movimiento, los miembros de las distintas comunidades de la Obra de Familias realizan su apostolado específicamente en el mundo y desde el mundo. Tiene que ver en primer lugar con el propio ámbito laboral profesional, pero en general con nuestra conciencia de responsabilidad con la sociedad, de un compromiso con la construcción del mundo según los valores del Evangelio.

• Un apostolado matrimonial: La actividad apostólica de los cónyuges es una actividad en que ambos se complementan, ambos se ayudan y ambos se apoyan, ya sea si tienen una actividad conjunta o separada, pero debería ser una actividad que a través del intercambio y del diálogo mutuo se convierte en un elemento de crecimiento matrimonial.

• Un apostolado con carisma familiar: El primer apostolado es la propia familia, los hijos y los cónyuges, pero más allá de esto, su preocupación son las familias dentro y fuera de Schoenstatt, dentro y fuera de la Iglesia. Este apostolado ha de ser familiar no sólo en el sentido que se trabaja con familias directamente (novios, grupos de matrimonios, pastoral familiar, etc.), sino en cualquier acción en la sociedad (legal, jurídica, social, política, ética, educacional, etc.), la perspectiva y el compromiso es por lo familiar según la concepción del Magisterio. Se trata de estar atentos y ver qué podemos hacer como familias de Schoenstatt en aquellos ámbitos en que estamos actuando para contribuir a sanear, apoyar y robustecer la familia y el tejido familiar como base del tejido social.

Concluyendo, somos por esencia una Familia Apostólica desde sus inicios. Según el espíritu de nuestro Padre y Fundador, esta característica apostólica debe irradiarse a través de un estilo de vida coherente, que sea una interrogante irresistible para otras familias. Nuestra aspiración a la santidad es para construir pequeñas iglesias domésticas que enriquecen la vida de la Iglesia y contribuyen a forjar una nueva cultura.

Dinámica

Cada matrimonio reflexiona:

1. ¿Con qué expresiones cultivamos hoy nuestra relación con Dios? (Santa misa dominical en familia, Mes de María, Rosario, etc.)

2. ¿Qué experiencias de apostolado (experiencias que tuvieron en el colegio, universidad movimientos o actuales) nos han marcado como persona y como matrimonio?

Luego se pueden compartir experiencias y reflexiones en grupo.

PARA SEGUIR PROFUNDIZANDO

"Lunes por la tarde", P. José Kentenich, Tomo 20
"La Familia, Misión y Carisma de la Rama de Familias de Schoenstatt", Movimiento Apostólico de Schoenstatt

PROPÓSITO

Invitar a que cada matrimonio implemente un rincón como altar familiar. Comenzar a rezar algo en común como matrimonio y con los hijos (Por ejemplo: Padre nuestro en la noche, Pequeña Consagración, etc.)



REUNIÓN 3

El grupo, una comunidad de formación y oración

OBJETIVO

Introducir vitalmente lo que es un grupo de Schoenstatt y su importancia para nuestro crecimiento como familia.

11

Contenido

No es casualidad que en Schoenstatt privilegiemos en la formación, el hacerlo en grupo, en comunidad. La comunidad no es la suma de personas, la comunidad tiene una dinámica propia, ayuda a que cada uno se conozca más realísimamente, con sus valores y sus limitaciones, se deje complementar y vaya creciendo como persona.

Nos conviene como matrimonio hacerlo en una comunidad más amplia, que además de enriquecernos con las experiencias de otros, nos ayudará y aprenderemos cosas esenciales para una mejor convivencia: cómo enfrentar

momentos difíciles, ver que todos pasamos por crisis, cómo ser un matrimonio y una familia feliz a través de actividades sencillas, etc.

El grupo schoenstattiano no es una academia intelectual ni un simple grupo de amigos: es un taller de educación de la personalidad. Queremos formar una comunidad donde verdaderamente crezcamos y nos exijamos mutuamente.

Quiere vencer el tipo de sociedad que reina hoy día y que se caracteriza por la indiferencia y aislamiento espiritual entre las personas.

El P. Kentenich decía que uno de los fines de Schoenstatt es formar hombres y mujeres nuevos, por medio de un nuevo tipo de comunidad, impulsados por la fuerza fundamental del amor. Esto es una gran meta, que no se da por generación espontánea o por el mero hecho de reunirse de vez en cuando. Quien ingresa a un grupo de la Rama de Familias,

lo hace porque tiene el anhelo de fortalecer su matrimonio y familia, porque quiere superar en sí mismo lo que no es de Dios, y porque quiere desarrollar todas las potencialidades que aún están latentes: Se ingresa a una comunidad de formación. Allí queremos ayudarnos unos a otros a superarnos. No venimos a catequesis, o charlas catequéticas meramente intelectuales. Aquí experimentar el mutuo estímulo que nos hace avanzar y nos mueve a cooperar con la labor educadora del Señor y la Sma. Virgen en nosotros. Porque Dios, como dice San Agustín, que nos creó sin nosotros, no nos quiere redimir sin nosotros.

Nada verdaderamente valioso nacerá en el grupo sin la entrega y voluntad de autoformarse de cada uno de sus miembros. El grupo depende de nosotros. De cuánto aportemos y vivamos lo que vemos en cada reunión. Nos “construimos” en comunidad. El grupo nos proporciona la atmósfera adecuada para desplegar nuestras potencialidades, nos requiere y exige.

Para esto, no estamos solos. Tanto el Señor como la Santísima Virgen están a nuestro lado. Cristo formó comunidad (los doce apóstoles, la iglesia misma, y los apóstoles se dedicaron a formar comunidades por donde evangelizaban), y por el Bautismo nos incorporamos a esta gran comunidad y familia que es la Iglesia. María, que acompañó a la primera comunidad cristiana desde Pentecostés, lo sigue haciendo ahora, y en Schoenstatt acoge y forma comunidad en su hogar, que es el Santuario donde ella reina, acoge, y educa. El P. Kentenich en una de sus visitas a Chile nos dijo mirando a la Inmaculada del Cerro San Cristóbal: allá en lo alto está el ideal, María como imagen del hombre nuevo, y aquí en el valle, está el Santuario, el taller donde María forma a este hombre nuevo.

Nuestros grupos son un regalo de Dios, que al igual que nuestras familias naturales, en la mayoría de los casos, los miembros no fueron escogidos uno a uno por nosotros. En cada personalidad, en cada característica y defecto, hay un regalo y un desafío de Dios

que no quiere dificultar nuestro crecimiento en la fe, sino promoverlo. Estas comunidades que ahora formamos, son temporales, es decir, quieren ayudarnos a dar los primeros pasos de introducción en la espiritualidad de Schoenstatt, pero con el tiempo vamos a ir descubriendo, que algunos miembros necesitan caminar más rápido, otros más lento, que en la Obra Familiar, -como llamamos al conjunto de las comunidades de matrimonios que existen en Schoenstatt- hay distintos caminos que podemos escoger al término del Ciclo Básico de Formación, según nuestra vocación.

Dinámica

Conociendo nuestras familias: Dar 10 min. para que como matrimonio hagan un dibujo simpático de la familia que conforman. Y añadir en el mismo dibujo 5 palabras que sean características propias. Presentar este dibujo, contando de los niños, y de estas palabras escogidas.

Nuestra vida de oración: Reflexionar y conversar en torno a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué es para cada uno la oración? Su oración predilecta.
2. Compartir experiencias o vivencias religiosas que los han marcado.
3. Dificultades para una buena vida de oración.

PROPÓSITO

Elijamos como grupo un propósito que nos ayude a vivir lo que vimos hoy en la reunión.

PARA SEGUIR PROFUNDIZANDO

“Manual del dirigente” P. Rafael Fernández, en el Cap. 6, Nº4 “Dimensiones del grupo de Schoenstatt”. Pág 181 ss. 2ª edición. Editorial Patris.

“Hacia el Padre”, oraciones; P. José Ken-tenich

Catecismo de la Iglesia Católica- Cuarta parte: La oración cristiana 2558-2856; esp. 2650-2655

MATERIAL COMPLEMENTARIO

Guía para la oración de grupos

I. Algunas observaciones iniciales

1. No olvidemos crear el ambiente adecuado (luz, imagen, etc.).

2. Hacer la oración de modo que no se interrumpa. Por ejemplo, teniendo al inicio un momento de encuentro y de comida (sandwich, café, etc.). Así la reunión se inicia a las 20:30 hrs. y la oración a las 21:00 hrs. Debe crearse la conciencia de esto, a fin de que los matrimonios de hecho lleguen antes de la oración.

3. La oración debiera estar dirigida al Señor o a la Mater: esto la hace más personal e íntima (estamos conversando con ellos). Por eso, evitemos proceder diciendo, por ejemplo: “Ahora cantamos...”, “XX va a leer el Evangelio”, “El que quiera hacer una petición, puede hacerlo”, etc. Es más personal y crea un mejor ambiente de oración y comunicación decir: “Señor, queremos alabarte, cantando” (se nombra el canto), “Ahora, Señor, dispone nuestro corazón para escuchar y acoger tu Palabra”, “Señor (o “querida Mater”), recibe nuestras peticiones y acción de gracias”, etc.

4. Fácilmente se convierte el acogimiento de la palabra del Señor en una reflexión sobre

el texto bíblico que se ha leído. La idea es que, después de unos minutos de meditación en silencio, cada uno pueda expresar en forma sencilla y corta, aquella palabra, frase o imagen, que le llegó más al corazón. Lo que se pretende es llegar a una recepción y acogida de la palabra, más que a una reflexión sobre ésta. La reflexión o esclarecimiento exegético o aplicación de la palabra, puede tener lugar en otro momento.

5. No es necesario elegir siempre el texto del Evangelio del domingo próximo. Perfectamente se puede elegir también un texto que nos parezca ser el más adecuado de acuerdo al grupo o las circunstancias concretas del mismo.

6. No es necesario decir después de cada petición Roguemos al Señor.º “Te damos gracias, Señor”. Da mayor riqueza a la oración cuando, después de tres personas que expresan su petición o acción de gracias, se canta una antífona, repitiéndola dos veces.

Como pueden apreciar, se trata de acentuar el carácter personal de la oración. Queremos crear un momento de real encuentro con el Señor y con la Mater, en un ambiente tranquilo y de profundidad e intimidad. A eso apunta todo lo anterior.

II. Guía práctica

Pensamos en una oración que debiese tener unos 20 minutos o más de duración. El sentido es que la reunión se inicie con espíritu, con un momento tranquilo de encuentro con el Señor y con María.

Ofrecemos una guía que pueda servirnos para llevarla a cabo. No se trata de una “oración tipo”, sino sólo de un hilo conductor, de un cauce, que permita una oración tranquila y personal y no puramente “recitativa” o “formal”. Ciertamente el grupo puede introducir ritos propios que surjan de la vida y personalicen aún más esta oración.

Los dueños de casa preparan previamente el ambiente para que se pueda hacer oración

con mayor facilidad: se preocupan de que haya en el lugar una imagen de la Mater, una Cruz de la Unidad, un cirio encendido y flores. Ojala que la luz sea indirecta para crear un ambiente más acogedor.

La oración se hace estando todos sentados. Previamente se ha designado a una persona como conductor del momento de oración. Este es quien invita y va guiando los diversos pasos que tiene la oración. Como se intercalarán algunas antífonas (luego se explicará), se aconseja cantarlas previamente en forma de ensayo. El guía prepara una fotocopia para cada uno con los cantos, la antífona y el pasaje del Evangelio que se va a leer.

1. Se comienza con un canto (puede ser un canto al Espíritu Santo).

2. Oración El guía hace una oración inicial. Los términos de esta oración deben ser sencillos. En general durante todo el momento de oración tratamos de hablar en forma personal y espontánea, sin palabras rebuscadas o fijándonos demasiado en la corrección literaria. Y si nos equivocamos... no importa. El Señor nos pide que seamos como los niños frente a su Padre cuando oremos. Acá damos sólo un ejemplo de cómo podría ser esta oración inicial (hagamos esta oración en forma libre, sencilla y espontánea).

Querida Mater, nos encontramos reunidos junto a ti y a tu Hijo Jesús, para iniciar este momento de oración. Implora tú para nosotros al Espíritu Santo. Que él nos enseñe a orar con sencillez y profundidad. En esta tarde traemos hasta ti todo lo que somos y tenemos, el afán de este día, nuestros hijos, nuestra realidad como matrimonio. Quisiéramos estar tranquilos contigo y el Señor, para renovar nuestra fe y nuestro amor. Mater, quedate con nosotros y enséñanos a dialogar contigo y con tu Hijo Jesús. Amén.

3. Luego se lee, pausadamente, un trozo del Evangelio. De preferencia el correspondiente al domingo próximo (Por cierto podría escogerse otro adecuado a una situación especial del grupo). Se pide, antes de leerlo, que

cada uno se fije en una palabra, frase o imagen que le llame especialmente la atención, que le “toque” interiormente. Se aconseja leer dos veces, pausadamente, el texto a fin de posibilitar mejor su comprensión.

4. Se deja un momento de silencio de más o menos 2 minutos para que cada uno medite.

5. Luego cada miembro del grupo dice la palabra, frase o imagen que le llamó especialmente la atención y agrega brevemente en qué siente que el Señor le dice algo en el texto recién leído. Es importante, y esto hay que aclararlo la primera vez que se realiza este tipo de oración, que no se trata de iniciar una reflexión sobre el texto leído, ni menos de plantear los posibles problemas que pueda presentar su comprensión. Esto está reservado para otras oportunidades. Aquí lo que nos importa es percibir cómo el Señor nos ha hablado personalmente a través de una frase, palabra o imagen. Es importante tener en cuenta esto pues, de otro modo, se perdería el ambiente de oración que buscamos cultivar. La reflexión y estudio puede hacerse en otra ocasión. El guía indica el inicio del canto.

6. Canto: Terminado este momento, se puede cantar un canto al Señor o a María.

7. Luego, en forma libre, se hace oración de petición, de alabanza, de gratitud o de perdón según lo que cada uno desee. Se trata de una oración personal, de corazón, donde las intenciones no sean ni generales ni tan amplias que no toquen la realidad de las personas que están haciendo oración.

8. Se reza un Salmo o una oración del libro “Hacia el Padre”. Se aconseja rezar cada estrofa alternando la lectura entre hombres y mujeres. El guía debe haber entregado al inicio una fotocopia para cada uno.

9. Para concluir se reza la Pequeña Consagración: “Oh Señora mía” y se puede cantar una canción



REUNIÓN 4

Nuestro diálogo matrimonial

OBJETIVO

Tomar conciencia de la importancia de nuestro diálogo matrimonial para gestar un estilo de vida mariano.

15

Contenido

Schoenstatt nos llama a gestar un estilo de vida matrimonial que sea alma de una nueva cultura. Todo lo que hagamos en este sentido por encarnar una nueva forma de vivir impregnada por valores cristianos, nos llevará a una vida más plena como matrimonio y, a la vez, estaremos forjando a partir de nuestros hogares un nuevo orden cristiano de la sociedad. En estos años, queremos ir definiendo nuestro estilo de vida mariano como matrimonios y trabajando juntos, descubriendo y cultivando la riqueza original de nuestro amor.

Esto nos lleva a que tomemos una decisión seria por conquistar juntos nuestros ideales y realizar nuestros propósitos uniendo esfuerzos. Trabajar juntos por estar más cerca de Dios es también una forma de expresarnos amor, entre nosotros y a nuestros hijos. Esta decisión seria requiere, a la vez, que cada uno reconozca y acepte sus carencias y las del otro, para que nos ayudemos mutuamente a crecer y nos respetemos desde lo más profundo. Se entiende el respeto como la disposición a admirar, valorar y reverenciar al otro.

María está con nosotros, es nuestra Madre y Educadora ¡Cuánto ha hecho ya en nosotros y por nosotros! Queremos responder a la fidelidad de su amor cultivando un estilo y costumbres marianas. Pero no cada uno por su lado, sino juntos. La mejor clave para llevar todo esto a cabo, es decir, para trabajar juntos por conquistarlo, es simple: el diálogo entre nosotros.

Por graves que sean las presiones que el medio cultural o social ejerza sobre una familia, ésta será capaz de resistir y de salir adelante en la medida en que haya sabido conservar viva su capacidad para dialogar. La falta de diálogo es un verdadero cáncer que carcome la familia desde dentro, porque el diálogo es lo que alimenta o “riega” el amor. Sin éste, el amor se muere. La casa, una vez que la compré e inscribí debidamente el título de propiedad, es ya mía para siempre. La tengo segura. Lo mismo puede suceder con otras cosas. Pero no con el amor. Este es algo vivo y no lo tendremos nunca seguro a menos que continuamente estemos cuidándolo y ayudándolo a crecer.

Una familia que dialoga es capaz de extraer de su unidad interior las fuerzas necesarias para enfrentar los más grandes desafíos. Porque el amor, mientras está de verdad vivo, no se deja vencer por las dificultades. Para generar tal fuerza, el diálogo debe cumplir dos condiciones. En primer lugar, darse entre todos los componentes de la familia: entre los esposos, entre los padres y los hijos, entre los hermanos. Evidentemente, es el de los esposos el que sustenta y vitaliza los demás. Pero, sobre todo, es necesario que se trate de un diálogo realmente personal. No basta conversar sobre cualquier cosa, El diálogo al que aquí nos referimos consiste en abrir el corazón y compartir con los demás lo más íntimo de nosotros mismos: nuestras alegrías, penas y esperanzas. Sólo este diálogo alimenta el amor, porque amar no es contar o dar “cosas” a los demás sino darse uno mismo. Al dialogar así estamos asemejándonos a Cristo, que se dio a la Iglesia con el corazón abierto por la lanza, como signo de que no se guardaba nada para sí (ver Jn. 19,31-37). Antes del matrimonio, este tipo de diálogo brotaba fácil. ¿Qué nos ha pasado después?

El Diálogo Matrimonial

¿Tenemos un rico diálogo como esposos?
¿Cómo acostumbramos dialogar? ¿Nos dejamos tiempo para hacerlo? ¿Tiene profun-

didad nuestro diálogo? Muchas veces nos quedamos en la buena intención: “quisiéramos dialogar más”... “Nos encantaría tener más tiempo para nosotros”... Pero se pasan los días y las semanas, hasta los meses... y no se establece entre nosotros un diálogo más profundo y regular.

Aquí en nuestra Rama de Familias de Schoenstatt hablamos de las “R”, que se refieren a:

Rezar en pareja diariamente. Ésta es una hermosa forma de diálogo. ¡Cuántas veces hemos descubierto lo que hay en el corazón de nuestro marido o esposa en la oración! Tratemos de rezar todos los días juntos. Poco a poco lograremos un diálogo profundo y sincero entre los esposos y con Dios.

Reencantarnos semanalmente. Salir una vez a la semana, ojalá en un día fijo y pasarlo bien juntos, ya sea a comer, caminar, conversar, en fin... darnos tiempo para hacer lo que nos gusta. Esto también es una forma de dialogar y de cultivar nuestra vida matrimonial. No olvidemos anotarlo en la agenda con día y hora.

Revisar una vez al mes nuestra vida espiritual, familiar, nuestros propósitos y proyecto de matrimonio. Conversar sobre lo que vivimos el mes anterior, lo que Dios nos ha regalado, qué nos pone como tarea y qué propósito nos pondremos para el mes que viene.

Renovar anualmente nuestro proyecto o ideal de matrimonio. Darnos tiempo para una mirar lo que ha pasado durante el año a la luz de la Fe Práctica en la Divina Providencia, y de nuestro proyecto como familia.

Todas estas instancias son “pausas creadoras” que nos aseguran darnos el tiempo para dialogar y crecer en el amor

La calidad de nuestra vida matrimonial en gran parte depende del diálogo que exista entre nosotros. Sentimos que nuestro matrimonio “anda bien” cuando hay buena comunicación entre nosotros, cuando tenemos momentos de comunión profundos. Si el diálogo

no existe o es sólo superficial, el amor poco a poco se va enfriando, se pierde esa sintonía interior que nos hace sentirnos felices y nos permite crecer juntos.

Diálogo es comprender, escuchar, entregarse. Diálogo es saber escucharse el uno al otro, tratar de comprender (poniéndose en el lugar del otro) lo que éste nos está tratando de decir; acoger receptivamente lo que nos quiere comunicar; “adivinar” lo que las palabras no logran traducir. En un diálogo profundo se trata de comprender, responder, dar lo nuestro, aportar constructivamente al intercambio de vida, cultivar ese mundo nuestro que es la mejor expresión de que nos amamos y de que nuestro amor está vivo.

El diálogo no se limita a las palabras. También dialogamos con la mirada, con los gestos, con todo nuestro ser. Incluso la forma en que nos sentamos el uno frente al otro ya manifiesta una actitud de diálogo o bien, de incomunicación. Sabemos también, que en la vida matrimonial la relación conyugal es igualmente una forma de diálogo.

Se conversa pero no hay diálogo profundo. Nuestra propia experiencia nos enseña que no es fácil lograr y mantener un diálogo como matrimonio. En nuestro tiempo la comunicación profunda entre las personas (la comunidad de corazones) es un don escaso. Nos comunicamos por muchos medios: el celular, el e-mail, las redes sociales, zoom, etc.; pero la comunicación interior, la comunidad de corazones, el diálogo profundo, eso se da cada vez menos. Se conversa –a pesar de que hay matrimonios donde los esposos apenas se hablan, pero eso es la excepción –se conversa y mucho: sobre los niños, las vacaciones, lo que hay que comprar, lo que le sucedió a tal persona, etc. Se habla mucho, pero se dialoga poco. Somos hijos de nuestro tiempo. El ajetreo, las múltiples ocupaciones y responsabilidades, el diario intercambio de informaciones (normalmente estamos al tanto de todo), nos impiden ir más a lo profundo. La disculpa normal es: “no tenemos tiempo”. Habría que precisar que no tenemos tiempo para lo principal, pero sí tenemos tiempo pa-

ra una infinidad de cosas: hay tiempo para los partidos de fútbol, para las series, redes sociales, y para tantas cosas más que son válidas. . . pero si nos hacemos tiempo para ellas, cómo no hacerlo para lo más importante.

La falta de contacto, afirmaba el P. Kentenich, es la gran llaga de nuestra cultura. ¿Venceremos ese mal? ¿Lograremos crear una cultura de la verdadera comunicación personal, donde reine la comunión de corazones, aquel “estar el uno en el otro” tan anhelado por el Señor? ¿Lograremos superar el mecanicismo separatista, donde las personas viven, incomunicadas interiormente, si es que no viven la una contra la otra o prescindiendo de la otra?

CÓMO CULTIVAR EL DIÁLOGO

1. Queremos cultivar un verdadero diálogo entre nosotros. Lo primero que debemos hacer para lograrlo es dedicarnos tiempo. Una herramienta precisa para este objetivo es el cultivo de las cuatro “R”, específicamente la segunda “R”, reencantarnos. Para esto, tenemos que elegir un día en la semana en que nos dejamos una o más horas para nosotros, para estar juntos, para salir juntos, para conversar de lo que anhelamos y de lo que nos preocupa, para realizar aficiones comunes, para divertirnos juntos. Tenemos que tener espacios concretos en nuestra vida para cultivar ese “nosotros”.

La intención general no surte efecto si no se concreta en día, hora y lugar. Y esto en forma estable, no podemos cambiar cada semana según las circunstancias. Nosotros debemos manejar nuestra vida y darle lugar verdaderamente a lo que consideramos importante.

2. El diálogo matrimonial significa también escuchar juntos al Dios de la vida. El Señor y la Mater nos hablan a través de lo que hay en el corazón de nuestro cónyuge, de lo que siente, anhela y ama; nos hablan a través de lo que nuestros hijos están viviendo y de su desarrollo; de los acontecimientos que nos

rodean; de lo que sucede en el ámbito de nuestra familia y en el de nuestro trabajo. Tenemos que detenernos juntos para escucharlos, para reflexionar qué nos están pidiendo y responderles con generosidad. De ahí irán surgiendo nuevos desafíos que abordar, cambios de conducta, diferentes orientaciones que tomar, decisiones y propósitos que asumir, que también será necesario evaluar posteriormente. Todo esto irá conformando nuestra vida y dándole a nuestro amor una nueva y más plena dimensión.

3. Por último, algo que también es muy importante: cada uno debe cultivar su propia interioridad para poder establecer un diálogo fecundo con el tú. Si no tenemos un mundo interior propio, si no nos dejamos tiempo para estar con nosotros mismos, si no contamos con espacios de tranquilidad, de oración, de meditación, entonces, tengámoslo por seguro, solo seremos capaces de conversar de cosas superficiales, de las actividades que hay que hacer, del partido de fútbol o del último incidente político. En otras palabras, nuestra interioridad será muy pobre y eso impide una comunicación, un diálogo en profundidad. De allí la necesidad de que, si queremos establecer un diálogo rico y profundo, debemos a la vez cultivar nuestra vida interior, amar los espacios de silencio y de soledad. De ese silencio y soledad brotará luego un diálogo profundo y enriquecedor.

Actitudes Que Aseguran Un Verdadero Diálogo Matrimonial

ESCUCHAR

Toma tiempo y práctica desarrollar las habilidades que permiten escuchar bien. Al principio puede ser artificial y hasta cansador, ya que hay tanto que uno quiere decir. Sin embargo, hay tres principios que nos pueden ayudar a escuchar bien al otro:

Paciencia: Hay que ejercitarla, aprender con la práctica a escuchar completamente al otro (sin escuchar lo que uno piensa mientras el otro habla), sin interrumpirlo. Es impor-

tante que si en un momento uno no puede escuchar completamente al otro, hay que decírselo y acordar otro instante en que se pueda estar 100 % entregado a la conversación.

Expresión corporal: Cuando el otro me habla, por un lado me dice palabras, pero por otro su tono de voz, su expresión facial, sus gestos, también me comunican un mensaje. Por otro lado, yo también debo tener una actitud corporal que dé la señal de que estoy interesado en lo que estoy escuchando.

El mensaje detrás del mensaje: Muchas veces, el otro nos dice algo importante a través de algo que en la superficie parece insignificante. Si hay algún tema que le cuesta decir, lo "tira" disfrazado de algo menor.

RESPETAR

El éxito de un diálogo depende del respeto, es básico. El respeto es:

Voluntad de recibir al otro tal como él es, con sus opiniones, sus puntos de vista, sus objeciones. Delicadeza y cuidado de no herir la sensibilidad del otro con afirmaciones categóricas o irónicas, o con observaciones que lo descalifican.

Escuchar con respeto es tratar de captar el porqué de las razones del otro. Por otro lado, para responder con respeto intento demostrarle que capté el sentimiento que está detrás de lo que me dijo. Si tengo un punto de vista diferente o si difiero en la opinión, no trato de hacer valer con violencia e intransigentemente sus argumentos de modo de dejar callado y de vencer al "adversario". Por eso hay que evitar frases como: "Tú no tienes idea de qué se trata el asunto", "lo que dices no tiene nada que ver", "eres un iluso", "esos son argumentos de niño chico",... hay muchos modos de descalificar al otro. Puede ser que "ganemos" la discusión, pero lo más normal es que no hayamos convencido al otro con nuestros argumentos, sino que, al contrario, se haya cerrado a nosotros. Se ha herido a la otra persona y con ello se ha cortado el puente. Si se ha cometido este error al discu-

tir de esta manera, hay que saber reconocer que no se ha procedido correctamente y pedir perdón con el fin de reanudar el diálogo.

DESPRENDERSE DE LAS ANTIPATÍAS Y PREJUICIOS

Muchas veces sucede que se escucha lo que se quiere y no lo que ha dicho realmente la otra persona. Afectos y prejuicios personales hacen que se escuche sólo una parte de lo que se ha afirmado o que, incluso, se capte algo enteramente diferente que nunca ha afirmado el otro.

Para poder dialogar, intercambiar o discutir, tenemos que aprender a “objetivarnos”. Hay que desprenderse de prejuicios. Si estoy enojado o me siento herido por el otro, existe una predisposición a no encontrarle razón en nada de lo que diga.

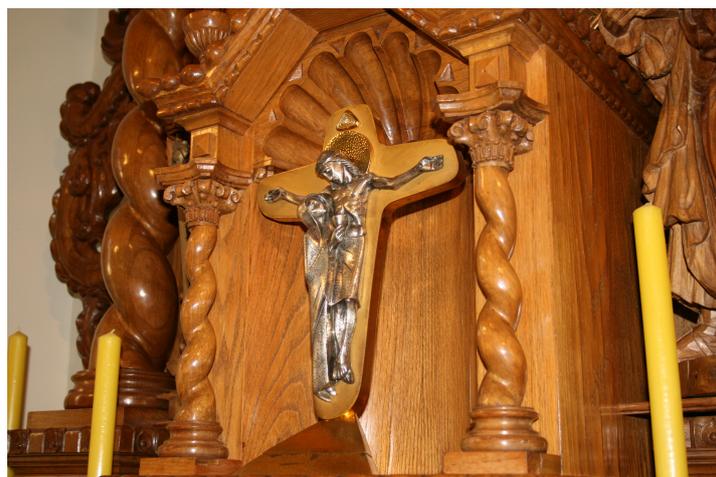
Por otro lado, muchas veces los argumentos hirientes nacen de alguna herida mal sanada o hasta de la proyección de otra situación o persona que nos hiere. Por eso, para dialogar es necesario un profundo conocimiento de sí mismo, una autocrítica que nos lleve a examinar la raíz de nuestras reacciones instintivas, de nuestros prejuicios y antipatías que normalmente bloquean el intercambio o lo hacen infecundo.

EVITAR DISCUSIONES SIN SENTIDO

Perdemos a veces un tiempo precioso en discutir cosas sin importancia, si nos juntamos a las 5 o a las 5 y media, si comemos tal plato o tal otro, si se hace un paseo a la playa o a la montaña. Hay que saber aquilatar lo accidental y lo realmente importante y esencial, hay que saber ceder en cosas de gustos, por eso no tratemos a toda costa de “salir con la nuestra”. Es necesario amplitud de criterio y una cierta magnanimidad.

VALORAR Y RECONOCER LA VERDAD DEL OTRO

Esto está muy relacionado con lo que hemos visto anteriormente, en particular con el respeto. Para llegar a conversar fecundamente, como dijimos más arriba, hay que vaciarse de uno mismo, abrirse al Tú, recibirlo y aceptarlo como persona. Esto llevará a querer descubrir su verdad y querer enriquecerse con ella. Esa verdad me complementa, me aporta otros puntos de vista, me ayuda a esclarecer la propia. Y mi verdad también la sabré comunicar de acuerdo a la realidad de la otra persona, es decir, adaptándose a su perspectiva de intereses y a su receptibilidad. Nuestras conversaciones personales e intercambios serán, de este modo, vehículos de un encuentro profundo, de auténtica comunión. Entonces se podrá cumplir la promesa del Señor: “Cuando dos o más estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos”.



Dinámica

Cada matrimonio reflexiona durante 15 minutos en forma individual sobre su práctica de diálogo matrimonial, recordando las veces que éste ha sido especialmente fecundo. Nos preguntamos por qué ha sido así, qué circunstancias lo rodearon, en qué ambiente se dio.

Anotar sus conclusiones para después compartirlo en el grupo y darse mutuamente ideas de como lograr un mejor diálogo.

Preguntas para la conversación:

1. ¿Sé escuchar al otro? ¿Logro vaciarme de mí mismo para lograr escuchar?
2. ¿Tengo la voluntad de escuchar y recibir al otro tal como es, respetándolo, admirándolo, y valorándolo sin descalificar, atento a sus razones y preocupaciones?
3. ¿Evito las discusiones sin sentido?
4. ¿Nos damos tiempo para cultivar la segunda "R", reencantarnos?
5. Si se puede, fijar día, hora y lugar para la R semanal

PROPÓSITO

Elijamos como grupo un propósito que nos ayude a vivir lo que vimos hoy en la reunión.

PARA SEGUIR PROFUNDIZANDO

Fe y Vida Matrimonial. Cuadernos de Pastoral Familiar. P. Hernán Alessandri, Ed. Patris

MATERIAL COMPLEMENTARIO

ALARMAS Y "SALVAVIDAS"

Nuestro proyecto matrimonial es el reflejo de lo que somos y de lo que queremos ser, para hacernos conscientes de nuestras diferencias, e ir, poco a poco, tomando distancias en el camino de la vida en común.

Este es un pequeño "catálogo" de comportamientos cotidianos, que por una u otra causa, resultan significativos en la vida del matrimonio. Son lo que hemos llamado "las alarmas" de la convivencia y "los facilitadores" de la relación. Estar atentos a ellos, nos ayudará a conocer la situación de cada uno, en un momento determinado de nuestra vida cotidiana. De este modo podremos reaccionar a tiempo, antes de que las situaciones se agraven. ¡A veces somos tan ciegos ante lo que tenemos muy cerca!

Alarmas

Son signos externos que nos indican que hay algo que comienza a cojear. A veces son tan evidentes que quienes nos rodean - padres, amigos que nos frecuentan - son capaces de intuir que pasa algo. Sin embargo, otros son mucho más sutiles, a veces inconscientes y se camuflan en la vida cotidiana de forma que incluso para nosotros pasan desapercibidos,

Son hechos simples - gestos, palabras o silencios - marcadores de pequeños desajustes y, frecuentemente, de problemas más profundos que salen a la luz y se muestran así en las pequeñas cosas. La ventaja detectarlos, es que los dos nos ponemos a trabajar en cuanto aparecen, buscando sus causas y también sus soluciones.

Hay un gran número de posibles "comportamientos alarmantes". Algunos son hechos objetivos, cuantificables - cuánto tiempo hace que no salimos juntos y solos, como

cuando éramos pololos - y otros son meras percepciones, más subjetivas. Nosotros hemos definido unos cuantos, pero dejamos unos puntos suspensivos para que cada pareja pueda completar la lista con los suyos propios:

- el silencio, o el uso de monosílabos para responder: la cuestión es no propiciar una conversación fluida
- la falta de sonrisa, la tristeza en la mirada
- la falta de gestos de cariño y de intimidad conyugal
- la pérdida de detalles, que se van olvidando: fechas, regalos, ritos de la pareja...
- la desgana, la apatía, el no querer hacer nada
- la pérdida de sensibilidad hacia la situación del otro; el ensimismamiento "nocivo"
- el aislamiento, bajo cualquier forma: el aumento de horas que se pasan ante el televisor, o ante el computador.
- el retraso en la hora de llegada a casa, por cualquier excusa
- la búsqueda de actividades "particulares" en los momentos de ocio, la recuperación de hábitos "de soltero", que excluyen a la pareja
- el no salir nunca juntos y solos; buscar siempre la compañía de alguien más
- el aumento en los ataques a la familia del otro
- el acostarse cada uno a una hora, haciendo vidas paralelas; el hacerse "el dormido" cuando el otro llega a la cama, evitando un posible encuentro.

Obviamente, no podemos tomar estas alarmas "al pie de la letra", pensando que, porque una sola vez él o ella haya actuado de ese modo es que algo grave está ocurriéndose. Para valorar la gravedad de la situación hay que considerar bien el contexto. Un día uno puede estar cansado o acostarse antes, o tener problemas en el trabajo y no tener ganas de hablar. Un día aislado no quiere decir nada: ¡tampoco hay que ser alarmistas!

También entre las alarmas pueden establecerse graduaciones de gravedad: puede haber alarma amarilla - un cierto toque de atención - y alarma roja - peligro inminente, situación grave que hay que atajar cuanto antes -. Es cada matrimonio el que ha de marcar la escala del riesgo.

Lo que realmente puede marcar la gravedad es la repetición de comportamientos. El dejar que, poco a poco, vayan convirtiéndose en hábitos. Si en cada momento que tienes libre te encierras en tus hobbies y no hay quien te saque de ahí; si nunca encuentras un rato para el otro, ahí tienes una alarma que se pone a funcionar. El riesgo es que estas pequeñas "distancias" vayan instalándose entre nosotros hasta formar parte de nuestro modo de vida. En ese momento, el "problemita" se transforma en un problema de fondo, a partir del cual surge la distancia, que sin resolverse, irá actuando desde la sombra.

Conocer nuestras alarmas, tenerlas escritas y "objetivadas" nos ayuda a hablar de ellas sin partir del reproche al otro. A veces nuestras buenas intenciones chocan con la forma en que nos expresamos. En ocasiones incitamos al otro a que se ponga a la defensiva y anulamos la posibilidad de su propio camino personal. No es lo mismo decir: "Te pasas todo el día pegado a la tele; parece que no sabes hacer otra cosa. "Ya no hacemos nada juntos", que plantear "¿sabes cuántas horas hemos tenido la tele encendida este fin de semana?" "Recuerdas que a partir de tres horas entrarnos en zona de alarma amarilla..." Es la ventaja de hablar desde el proyecto, desde lo que hemos acordado juntos, y no simplemente desde el daño que tu comportamiento ha podido causar en mí.

Los "Salvavidas"

Y ¿qué hacer cuando salta una alarma, aunque sea pequeñita? Entonces es cuando entran en juego los facilitadores, esos detalles que conoce cada matrimonio y que le ayudan a que la relación funcione mejor y a que sea más gratificante para los dos. Cada uno

conoce qué es lo que al otro le gusta y le pone de buen humor. Esos son los “salvavidas”. Cuando los ponemos en acción se producen encuentros, no “encontronazos”.

Cada uno tenemos nuestros trucos, nuestros códigos y sabemos qué hacer para que el otro se sienta a gusto: puede ser tan sencillo como recibir al otro con una sonrisa y un comentario halagador, o tan complejo como organizar un viaje-sorpresa de fin de semana.

La cuestión es provocar un clima festivo, romper el hielo que podría estar creándose, reconstruir los puentes que, al resquebrajarse, habían hecho saltar nuestras alarmas.

En el fondo, los “salvavidas” no son más que esos pequeños detalles que no tendríamos que descuidar nunca, porque son los que ayudan a que el día a día sea gratificante, de tal manera que vivir con el otro/a sea una

auténtica delicia. Sin embargo, si detectamos una alarma, estos “salvavidas” se vuelven imprescindibles y urgentes.- en ese momento no podemos dejar pasar tiempo porque cada minuto se vuelve precioso.

Aquí ofrecemos todo un catálogo de sugerencias que, por supuesto, no cierra la puerta de la creatividad, Al revés: cuantos más “salvavidas” seamos capaces de conocer y poner en práctica, cuantas más ocasiones tengamos de disfrutar juntos, muchísimo mejor. Hay personas a las que nada les divierte y les resulta difícil salir de las situaciones de tristeza y depresión. Tenemos que recuperar nuestra capacidad de ser niños, de disfrutar juntos y de dejarnos conquistar por el amor de] otro. Y en este tema no hay “copyright”: se recomienda copiar todas las sugerencias que recojamos - de los amigos, de nuestra experiencia, incluso, ¿por qué no? del cine - y que pensemos que pueden funcionar. ¡Vale la pena intentarlo!

- Comenzar siempre con una palabra positiva: cada mañana, cada conversación.

- Reconocer el trabajo del otro, en cualquier contexto; practicar la gratitud.

- No decir nunca un “no” tajante a una

iniciativa que nos sea propuesta con ilusión.

- Sonreír. · Poner en juego el sentido del humor.

- Organizar un viaje sorpresa, aunque sea al pueblo vecino. · Reconocer los propios errores, pedir perdón espontáneamente.

- Tener un detalle con algo que sabes que le gusta: su revista favorita, el plato preferido para comer, hacer algún trabajo casero que le corresponda al otro..

- Dejar, en algún sitio, una nota cariñosa. · Proponer alguna actividad que le motive mucho. Romper la rutina, recuperando alguna actividad “como cuando éramos novios”.

- Poner un interés especial por lo que está haciendo, por lo que le preocupa, por interesarse en su familia o sus amigos de origen.

Y como todo esto, muchas cosas más. Con ellas conseguiremos crear un clima, en el que se lea entre líneas el mensaje “yo estoy aquí por ti y quiero hacerte feliz por encima de todo, te quiero y voy a poner todos los medios que estén a mi alcance para que esto funcione; quizá me he equivocado, pero puedes contar conmigo, siempre.”

Y a partir de ahí, es más sencillo hablar amorosamente, juntos, sabiendo cada uno que puede contar con el otro. Y desde esta actitud, se puede tener la seguridad de que no hay problema que se resista porque “hemos puesto nuestro amor a trabajar”.

(Tomado del libro: “Como elaborar un proyecto de pareja”, de Isabel Frías y Juan Carlos Mendizábal)



REUNIÓN 5

El diálogo con nuestros hijos

OBJETIVO

Descubrir cómo transmitirle a nuestros hijos los valores de nuestra familia y buscar costumbres familiares que aseguren un auténtico diálogo con ellos.

23

Contenido

La transmisión de nuestros valores es un trabajo diario y constante.

Aspiramos alcanzar una relación lo más perfecta y profunda posible con nuestros hijos, queremos amarlos y servirlos como Cristo, el Buen Pastor, que amó tanto a los suyos que estuvo dispuesto a entregar su vida por ellos.

Este amor, sin embargo, no es un desafío siempre fácil de realizar. “Dar la vida” por nuestros hijos significa amarlos más que a nosotros mismos, más que a nuestras ocu-

paciones preferidas, nuestros proyectos y trabajos. El amor necesita tiempo, dedicación, paciencia y generosidad.

Lo primero: Dedicarle tiempo a los hijos para conocerlos profundamente

Nuestra presencia espiritual y física permite que nuestros hijos experimenten la seguridad de saberse amados y queridos en todos los ámbitos de su vida. Es necesario estar para acompañarlos cuando se encuentran en dificultades, valorar sus logros, estimular los esfuerzos y corregir en el momento preciso.

Conocer a cada uno de nuestros hijos: Las cualidades que poseen, su originalidad, su perfil psicológico, sus gustos, sus dificultades, sus miedos, sus fortalezas. Incluso conocer lo que les pasa, aún sin que hayan dicho palabra alguna.

Amarlos como cada uno es: Hacerlos experimentar que los aceptamos incondicional y permanentemente, con afecto y dedicación; tal como son, con sus defectos y virtudes. También con sus gustos, sus capacidades –físicas, espirituales, intelectuales... aunque sean menores de lo que nos gustaría –con todos sus dones. Debemos respetar las inclinaciones y aptitudes que Dios les ha dado. Por eso, debemos evitar las comparaciones. A veces para estimular la superación se les compara con sus hermanos mayores, con la prima, con el vecino. Puede suceder que la vara con que se los mida sea más alta que sus capacidades reales y eso, finalmente, los acompleja. Siempre han de sentirse valorados y amados por nosotros como son, esto los hará sentirse felices.

El diálogo con nuestros hijos

El diálogo con nuestros hijos es uno de los principales caminos para estar conectados permanentemente con ellos y así transmitirles los valores que queremos. El diálogo entre padres e hijos es el gran medio para encontrarse alma con alma, corazón con corazón. Y esto a menudo es difícil, pues se requiere que ambos quieran encontrarse y dialogar y que se hagan el tiempo para hacerlo.

Como decíamos, el tiempo dedicado a nuestros hijos es el factor principal en el cultivo de un diálogo fluido y basado en la confianza. Perciben la falta de tiempo dedicado a ellos como ausencia de interés y preocupación, lo cual, a su vez, generará inseguridad afectiva. Hay muchos casos donde uno o los dos papás están obligados a trabajar en horarios incompatibles con la familia. Sin embargo, en otros se podría buscar alternativas. Aquí queda abierta la puerta para que cada uno y cada matrimonio reflexione sobre la balanza entre bienestar económico y familiar.

Hay muchas formas de dialogar, no se limita solo a la conversación. También es diálogo un gesto, una mirada cariñosa, acercarse para ayudarles en algo, jugar con ellos, “perder el tiempo” con lo que a ellos les gus-

ta, hacer cosas juntos, creando un ambiente interesante, atractivo. A veces incluso el silencio puede ser muy elocuente y una forma de comunicarse. En muchos casos, la mano de un padre sobre el hombro del niño tendrá más peso y significado que muchas palabras.

¿Cómo podemos mejorar la calidad de nuestro diálogo con los hijos?

Hay distintas maneras de estar en comunicación con ellos de acuerdo a la edad y etapa en que se encuentran. Con un niño chico y hasta 8 años, lo más fácil es entrar a través del juego, de las actividades que realicen juntos, paseos, etc. Lo importante es que nos sienta cerca. Es particularmente importante practicar este tipo de diálogo con nuestros hijos más pequeños, de esta forma nos será más fácil dialogar con ellos en el período de la adolescencia.

La adolescencia tal vez es el período más problemático, pues el hijo tiende naturalmente a afirmar su personalidad y a criticar a los padres. Por ello también es muy conveniente saber lo que pertenece a esta etapa de desarrollo, para no creer que “nuestro hijo es el raro, el difícil”.

Para que se dé una buena comunicación es necesario superar los obstáculos que la dificultan. Cada uno debe analizar qué se interpone para lograr un contacto positivo con cada uno de nuestros hijos.

Algunos puntos que nos pueden servir como referencia:

- Cuando no nos dejamos un tiempo exclusivo para estar con ellos.
- Cuando no generamos las oportunidades de estar con ellos.
- Cuando no les prestamos atención para escuchar si nos quieren decir algo; o no mostramos interés por sus cosas, por lo que les pasa.
- Cuando no confiamos y no creemos en

lo bueno que tienen.

- Cuando no respetamos su intimidad y privacidad.

- Cuando las preocupaciones y el trabajo nos absorben de tal forma que estamos nerviosos, irritables, cansados en exceso, de modo que nuestras respuestas, a veces sin darnos cuenta, son hostiles y agresivas. Algunas condiciones para lograr un buen diálogo:

- Como padres, debemos tomar la iniciativa, no esperar que el hijo dé el primer paso. Esta actitud será interpretada por él como una voluntad de comprensión y amor de sus padres.

- Buscar la ocasión para encontrarnos separadamente con cada uno de ellos, sin postergar a ninguno, por tener menos afinidad con alguno de nuestros hijos.

- Respalda nuestras palabras con hechos, como padres tenemos que vivir lo que exigimos de nuestros hijos.

- Sentido de autocrítica como padres para no caer en la intransigencia, inflexibilidad y autoritarismo. Para que el diálogo se desarrolle en buena forma es necesario que sea:

- Oportuno: Elegir el momento propicio.

- Respetuoso: El hijo es también persona, no buscar "vencerlo".

- Sereno: No en el momento de mayor nerviosismo.

- Adecuado: Saber ponerse a la altura del hijo.

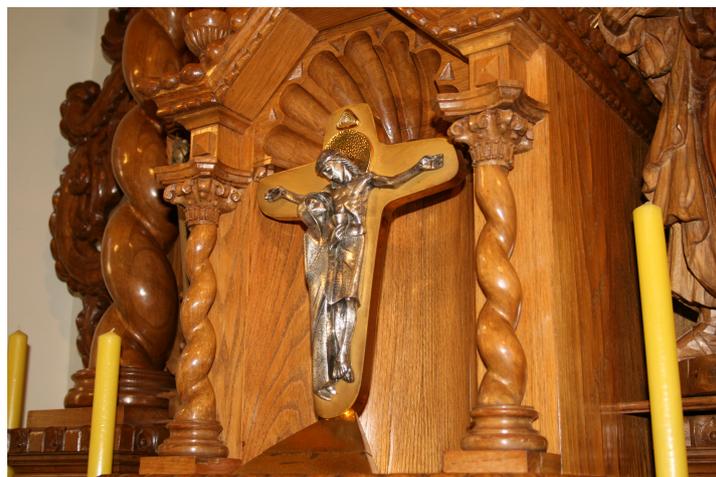
- Valiente: Buena dosis de firmeza, la que los hijos esperan y además tener el valor de abordar problemas delicados y espinosos.

- Franco: Abierto, la verdad ante todo.

- Cálido: o esconderse tras la careta de la dureza, expresar el afecto y abordarlo en forma positiva.

El mejor medio para un diálogo fecundo es la oración: Implorar con María que se nos regale el don del Espíritu Santo para saber cuándo es oportuno hablar, qué palabras son las más adecuadas, cómo interpretar lo que

nuestro hijo está viviendo y sintiendo por dentro.



Dinámica

Dejar 20 minutos para que cada matrimonio piense en la originalidad de cada uno de sus hijos.

Contestar las siguientes preguntas:

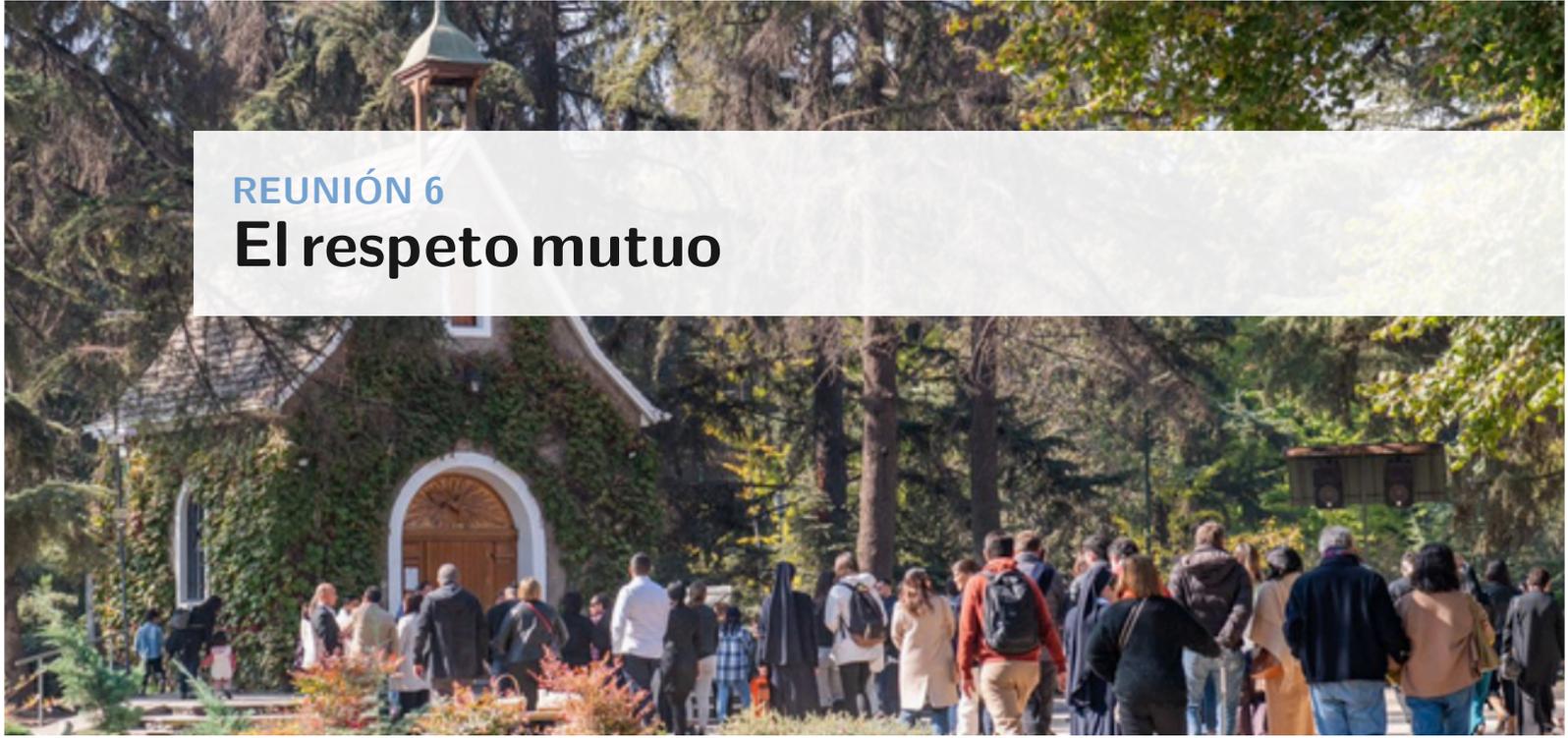
1. ¿Cómo nos estamos comunicando con cada uno en su modo particular? ¿Estamos logrando un diálogo enriquecedor y en permanente crecimiento?
2. ¿Cómo podemos mejorar el diálogo con cada uno? ¿Qué debemos mejorar nosotros como papás?

3. ¿En qué hemos notado que tenemos una relación de confianza con cada uno de ellos: gestos, confianzas, actividades, etc?

Luego se puede compartir al grupo sobre cada uno de ellos: sus fortalezas, sus características, lo que le gusta, sus hobbies, etc.

PROPÓSITO

Elijamos como grupo un propósito que nos ayude a vivir lo que vimos hoy en la reunión.



REUNIÓN 6

El respeto mutuo

OBJETIVO

Descubrir que el respeto es la base sobre la cual se construye un matrimonio feliz y cerca de Dios.

27

Contenido

Quando nos casamos, nos prometimos el uno al otro el respetarnos durante toda la vida. Quizás no le tomamos el peso, o no lo tenemos tan presente. Sin embargo, es un ingrediente fundamental para un matrimonio pleno. Sin respeto, el amor se va debilitando.

El amor personal nos mueve a tomar la iniciativa para entregarnos a los demás. Un auténtico amor se inclina con profundo respeto ante ese Tú. Esta actitud de respeto y de admiración por el Tú nos mueve a salir de nosotros mismos y hace que nuestra entrega y donación sea verdaderamente fecunda.

Quien no aprende a respetar nunca llegará

a amar verdaderamente. El amor brota precisamente de la admiración por los valores y la persona del otro, y se alimenta, mantiene y ejerce en el cuidado respetuoso porque el Tú sea lo que es y alcance a ser, con nuestra ayuda, aquello que debería llegar a ser. En el momento que se deja de mirar al Tú como persona y se le considera como cosa, desaparece el amor y comienza a reinar el egoísmo, la manipulación y el abuso del Tú.

El respeto es una actitud que brota de la auténtica valoración por el Tú. Y, para ello, hay que conocer y estar cercano a ese Tú.

Es una cierta reverencia que se inclina ante los valores y la dignidad del otro. Por eso, mientras más íntima y cercana la relación, más profundo debe ser el respeto. Mientras más amor, más respeto, y, mientras más respeto, más fuerte y profundo el amor. Amor y respeto son en lo profundo, una sola realidad.

El respeto supera todo tipo de violencia o manipulación del Tú. Es una especie de

delicadeza y tacto ante el otro que posibilita la unión de corazones más profunda. Es una delicadeza y tacto que vivifica y le da armonía a la convivencia y al trabajo común. El respeto crea una atmósfera verdaderamente mariana entre las personas, donde brota lo más hermoso y profundo, donde nace y crece fecundamente la comunidad y la obra común.

El respeto supone un trabajo de auténtico “descubrimiento” del Tú. Es necesaria una mirada profunda, detenerse, sobrepasar el trato superficial en el cual se desenvuelven normalmente nuestras relaciones. Es necesario aprender a admirar. A descubrir, muchas veces, más allá de la capa superficial poco atrayente, la “pepita de oro” que brilla oculta en el ser del otro.

Desgraciadamente, nuestra cultura materialista, nos ha quitado el hábito de la contemplación: en el bullicio no se descubren los verdaderos valores. Esta misma cultura ha apagado también los ojos de nuestro corazón, y sólo el corazón conoce verdaderamente. Esta cultura, por último, no posee ningún sentido para el misterio sobrenatural, y es la luz sobrenatural la que nos revela la grandeza y dignidad más profunda de la persona humana.

Si queremos fortalecer el amor entre nosotros, ser buenos papás y luz para los que nos rodean, primero debemos pensar cuánto y cómo nos respetamos. El P. Kentenich lo decía bastante claro: El respeto es como el gozne de una puerta, es clave para el equilibrio en una relación.

El respeto es como el guardián del crecimiento en unidad, ya que permite que el hombre y la mujer se desarrollen en el matrimonio siendo fieles a lo que cada uno es y a lo que son juntos como pareja. Respetarse permite no “destruir” lo que se construye en conjunto y ayuda a permanecer en el tiempo “encantados” por la belleza de nuestro amor.

Respetar es admirarse de la grandeza de Dios en el otro

Respeto es la disposición a admirar, valorar y reverenciar al otro. El P. Kentenich lo dice muy claro: “El verdadero amor conoce un doble movimiento: el que lo hace salir de sí mismo para ir al otro. A este movimiento lo podríamos denominar voluntad de entrega. Y el que lo retiene, o actitud de respeto, que lo hace detenerse admirado ante la grandeza del otro.”

Voluntad de entrega: Es el anhelo de encuentro con el otro

Actitud de respeto: Alejarse y admirarse ante la grandeza del otro

Yo me siento atraído/a por mi marido/mujer y tiendo a acercarme, a estar en todo juntos, en “la misma parada”. Pero, por otro lado, me alejo para dejar que se exprese en su total naturalidad. Me admiro de cómo Dios ha actuado en su vida, en su historia personal: en lo religioso, vida familiar, en el plano sexual, comunitario, etc. Me admiro de la formación que recibió en su familia de origen, también de sus caídas y, por supuesto, de sus logros y cómo se ha desarrollado como persona.

Respetar supone el cuidado delicado con cada uno, en todos los planos. Respeto por lo que hay en cada uno y por cómo DIOS condujo a cada uno en su historia personal. Así, TODO es fuente de diálogo, con el propósito de conocerse cada vez más e ir construyendo la unidad.

Dios nos ha estado conduciendo hasta unirnos y esa unión debe ser cada vez más profunda. A veces nos quedamos en reclinarnos por diferencias o en otros detalles en vez de crecer en conocimiento y aceptación mutua. De ese modo buscamos nuestra unidad, que en lo más profundo se da en la identidad matrimonial original: el ideal.

Cultivar el respeto, es una disposición

El respeto es tan importante en el matrimonio que debe cultivarse permanentemente. El punto crítico es la voluntad, estar dispuesto a ver lo valioso en el otro en toda circunstancia. Cuando estamos en un ambiente relajado, comprensivo, amable, es fácil recibir lo que viene del otro con respeto y recordar por qué nos enamoramos de él/ella. Al contrario, si el otro nos encuentra enojados, cansados, frustrados, la misma actitud que antes nos pareció buena, ahora nos molesta y gatilla reacciones negativas.

Hay que tener mucho cuidado en cultivar el respeto dentro de nuestra relación. No podemos permitirnos que empiece a diluirse. Antes de avanzar y conocer cómo podemos cultivar el respeto, es importante dejar claro que nunca hay que faltarse el respeto de manera voluntaria. Es ponernos una bomba a nosotros mismos. Mejor callarse la boca, rezarlo y buscar alguna manera distinta de desahogarse, por ejemplo, conversar con alguien o esperar a estar calmados y en buena disposición para hablar entre nosotros con calma.

El problema para muchos es que a veces tratamos al otro sin respeto de manera involuntaria. Sin querer, lo pasamos a llevar, lo ignoramos o lo ofendemos, simplemente porque cada uno actúa desde sí mismo y no desde la mirada del otro.

Aparece una luz amarilla-roja cuando se pierde la admiración por el otro, cuando los atributos positivos se empiezan a ver con tono negativo. En ese momento es importante revisar qué estamos haciendo mal y tomar medidas inmediatas para mejorarlo.

CÓMO CULTIVAR EL RESPETO

Como el respeto es base de una relación, no existen recetas preestablecidas para cultivarlo, ya que depende de la manera de rela-

cionarse entre los esposos. Sin embargo, hay algunas claves que pueden ayudar:

- Aceptar la manera de ser del otro, no intentar cambiarlo permanentemente
- Valorar los esfuerzos que hace el otro para mejorar sus defectos o hacer algo que yo le he manifestado que me parece importante
- Si hay algo que nos molesta, es importante conversarlo. Hay que buscar un camino para decir las cosas que nos son relevantes, en un ambiente de respeto y no de recriminación
- Buscar el mejor momento para decir las cosas



Dinámica

Cada matrimonio conversa las siguientes preguntas:

1. ¿Nuestra relación se basa en un respeto mutuo permanente o hay áreas donde nos cuesta respetarnos? ¿Nos preocupamos de no usar entre nosotros malas palabras, gritos o insultos? ¿Respeto tu individualidad, tu intimidad y tu espacio? ¿Con que actitud o hecho sentiría yo una falta de respeto de tu parte?
2. Cada uno contesta: ¿Qué es lo que más me cuesta respetar en el otro? Algo de su historia, de su manera de ser, de su familia de origen, de su manera de relacionarse, de sus opiniones, de su trabajo, etc.
3. Cada uno contesta: ¿Cómo puedo bajar mi aceptación respetuosa de ese aspecto que me molesta en el otro?
4. Cada uno contesta: Por el contrario, ¿en qué aspecto admiro la acción de Dios

en la historia o manera de ser del otro?
¿Por qué?

5. ¿Qué aprendizaje podemos sacar de ello?

PROPÓSITO

Buscar un espacio de reflexión como matrimonio para conversar sobre lo que vimos hoy en la reunión.



REUNIÓN 7

Perdón y resolución de conflictos

OBJETIVO

Descubrir la riqueza e importancia del perdón en la vida matrimonial y familiar.

31

Contenido

A todos nos cuesta pedir perdón, pues supone pasar por sobre el propio orgullo, reconociendo que se ha fallado. Muchos se niegan a hacerlo de modo explícito y claro, pues lo sienten humillante y prefieren buscar caminos indirectos para insinuar sus intenciones de reconciliación. Sin embargo, lo único que realmente humilla al hombre es el no saber actuar según la verdad y el amor, pues ello destruye su específica dignidad de persona: la capacidad de dejarse guiar, no por impulsos o sentimientos (como el animal), sino por los «valores» que su conciencia le presenta como verdaderos y dignos de ser

amados.

Cuando hemos ofendido, la verdad exige reconocerlo; y el amor pide expresar arrepentimiento por el dolor injustamente causado. Lejos de humillarnos, tal acto nos dignifica: pues manifiesta que nuestra voluntad de no transar aquellos valores en que creemos (la verdad y el amor), es a la larga más fuerte que los impulsos que motivaron nuestra falla o que la resistencia de nuestro orgullo a enmendarla.

Especial importancia religiosa reviste el saber pedir perdón a Dios. Es un excepcional camino para adentrarse vitalmente en los principales misterios de nuestra fe. Por un lado, implica reconocer una importante verdad nuestra: que no sólo somos creaturas limitadas, sino pecadores heridos y debilitados en nuestras posibilidades de autorrealización, por esa tendencia interior al mal proveniente del «pecado original». Pero, por sobre todo, es el camino a través del cual llegamos a des-

cubrir lo más profundo del corazón de Dios: su misericordia. La Biblia llama así al amor de Dios, en cuanto posee una potencia tal, que le permite vencer todo mal, extrayendo bien de él, incluso del pecado humano. Es lo que hace cuando nos abrimos a su perdón: «aprovecha» nuestro pecado como ocasión para demostrarnos que su amor por nosotros es mayor que todas nuestras ofensas, y que a sus ojos siempre valdremos más por lo que somos (sus hijos en Cristo), que por cualquier cosa que hayamos hecho. De este modo, al perdonarnos, Dios se revela más Padre y «rico en misericordia» (Ef 2, 4) que nunca y, a la vez, nos restituye nuestra dignidad más profunda, al reconquistar con su generosidad nuestro corazón de hijos pródigos (ver Lc 15, 11ss). Por eso, para Dios es una «fiesta» (Lc 15, 24) de «alegría» (Lc 15, 7) cada vez que le dejamos perdonarnos.

Vida familiar y perdón

Sin embargo, a pesar de todas las cosas hermosas que la Biblia nos revela acerca de la misericordia de Dios, muchos cristianos poseen una imagen desfigurada de él: lo ven en primer lugar como un Juez terrible, que inspira miedo. A menudo, ello se debe al no haber experimentado en la infancia el poder liberador del perdón de los propios padres. Estos tienen la misión de reflejar ante sus hijos la misericordia paternal de Dios (ver FC 38). Para ello deben evitar dos extremos: tanto un ejercicio demasiado duro y rígido de su autoridad (que puede generar temor, desconfianza y escrúpulos), como una actitud permisiva (que no forma las conciencias, porque no enseña ni a distinguir el bien del mal, ni a pedir perdón). El sentido de culpa es algo sano en los niños, mientras sepan que, si se arrepienten, sus padres estarán siempre dispuestos a regalarles un perdón que será fuente de alivio, gratitud y alegría. Así irán descubriendo por experiencia que toda persona vale más por lo que es que por lo que haya hecho, pues esto último es siempre susceptible de ser superado mediante el

perdón.

Un ambiente familiar cristiano supone que todos sepan pedirse y darse mutuamente los necesarios perdones (ver Ef 4,32; FC 58). Esto último tampoco es fácil, pues exige vencer el rencor causado por las ofensas: no necesariamente porque dejemos de sentirlo (lo que no depende de nuestra voluntad), sino porque tomamos la decisión de no dejarnos arrastrar por él en nuestro actuar, vengándonos y pagando mal por mal (Ver Ro 12, 21).

También es importante que perdonemos al modo de Dios: enalteciendo al otro y ayudándolo a cambiar. Lo primero supone que no tiremos el perdón «de arriba abajo» como una limosna. Pues perdonar es invitar al otro a reencontrarnos ambos «más arriba» de nuestro problema, es decir, en el plano de nuestra común dignidad de personas, cristianos y familiares, para rescatar juntos la relación de amor que se ha roto, reconociendo que ella es un bien mayor que las cosas que nos han separado. Pero si ha habido daños o injusticias que pueden ser reparados, no podemos contentarnos con el simple reencuentro afectivo: a través del diálogo reanudado, debemos mover al otro a dar todos los pasos de conversión que le sean posibles, para que aprenda a cumplir con las exigencias de la verdad y del amor.

Hay familias que, en ocasiones especiales, acostumbran tener algunas reuniones donde, con cariño y sinceridad, todos se agradecen mutuamente las cosas buenas y se llaman la atención sobre las que deberían corregir para mejorar la convivencia familiar. Muchas veces, la humildad con que los hijos reconocen las propias faltas, recuerda a los padres que «esa autoridad moral» que ellos anhelan, no la lograrán fingiendo ser mejores sino haciéndose mejores al reconocer siempre la verdad, aun cuando ésta les exija pedir perdón a los propios hijos.

Al hombre moderno le cuesta reconocer su culpa personal (ver Mt 15, 19). Prefiere culpar del mal sólo a las estructuras sociales, o disfrazar sus pecados de «problemas» que

le debe resolver el sicólogo. Hoy se olvida que el sacramento de la confesión, antes que en el pecado, está centrada en la experiencia de la misericordia de Dios, que es decisiva para poder construir un mundo más humano. En efecto, la insistencia unilateral en la justicia, puede conducir a una sociedad terriblemente injusta. Pues, como recuerda Juan Pablo II (Dives in misericordia, 12), sólo la misericordia evita que el afán de justicia degenera en venganza. Por otro lado, la justicia sólo es capaz de procurar una igualdad externa, a nivel de cosas y dinero, pero no puede restablecer la fraternidad herida. Esto sólo lo logra el perdón. (Cfr. DM 14).

El Papa Francisco, sobre el perdón entre los esposos, les decía: «caminar juntos, colaborando, ayudándose mutuamente, pedir perdón, reconocer los propios errores y perdonar». Para ello, ha puesto de ejemplo a los matrimonios que «después de tantos años juntos» se separan porque «quizá no han sabido pedir perdón ni perdonar». A los recién casados ha pedido, por este motivo, «discutir lo que quieran» pero que «nunca terminen el día sin hacer las paces» porque esto evitará separaciones dolorosas.

Los Conflictos En La Vida Matrimonial

33

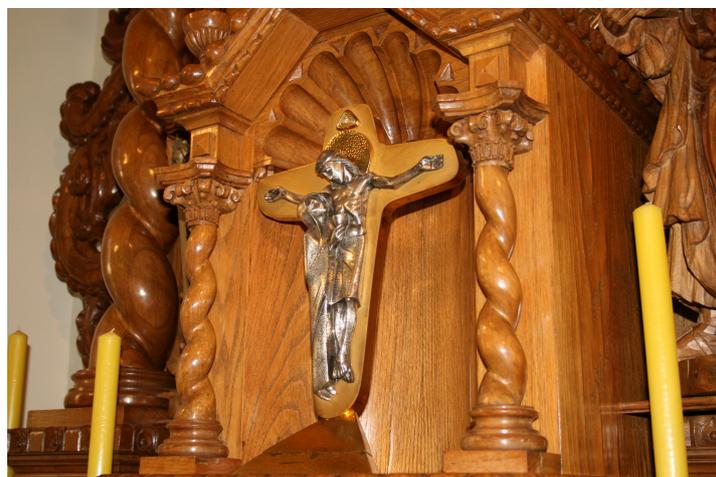
Extracto de charla dada por Nureya Abarca: «El matrimonio, una comunidad de intimidad».

LA POSIBILIDAD DE CONFLICTO

Al estar con otro, en intimidad, surge inmediatamente la posibilidad del conflicto. Cuando dos personas se conocen poco, la comunicación que se establece es bastante superficial. Cuando uno va conociendo más a una persona, la comunicación se hace más rica, más profunda y las personas se muestran

mucho más. Y cuando se interactúa más con alguna persona, siempre existe la posibilidad de conflicto.

Imaginemos entonces lo que significa casarse con alguien. Casarse, tener una relación íntima con otra persona, conlleva inmediatamente, la posibilidad de conflicto. Sería absolutamente imposible que entre dos personas, o en una comunidad que vive bajo un mismo techo, no se diera la posibilidad de conflicto. Esto es absolutamente inevitable. ¿Por qué? Porque somos seres absolutamente distintos



Cuando hablamos de conflictos o de situación conflictiva, se refiere simplemente a los intereses o posiciones distintas que se dan entre dos personas; no a un conflicto mayor sino de diferencias entre personas que, a veces, parecen incompatibles. Es esto lo que aparece en una vida de intimidad, en un amor que es personal y que se da cuando las personas aparecen tal como son. Frente al conflicto tenemos una posición muy negativa. Cuando se nos menciona esta palabra tendemos a ponernos tensos, nos disgusta y preferimos evitar este tema. Y hemos dicho que el conflicto es algo inevitable y que está siempre presente. ¿Por qué no hemos aprendido a hacer algo con este conflicto si tenemos que vivir con él, tanto en nuestra propia familia, antes de casarnos, como ahora en nuestro matrimonio y en la familia que

estamos formando?

Creo que las experiencias pasadas de no enfrentar el conflicto, de no enfrentar las diferencias, hacen que le temamos mucho al conflicto, o que nos dé tanto miedo que preferimos no hablar de él, preferimos no tocarlo, incluso a riesgo de perder una relación. Porque preferimos perder una relación, antes que resolver el conflicto. Y también porque no hemos aprendido a tener estrategias para resolver aquellas diferencias que producen conflicto.

El conflicto es el motor del cambio, es lo que puede mantener joven una relación. Por eso, deberíamos aprender qué pasa con el conflicto para poder manejarlo mejor y para que nos conduzca realmente a un crecimiento mayor en nuestra relación, a una mayor intimidad.

CINCO ESTILOS DE RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS

Estos cinco estilos de comportamientos, que son categorías grandes en las cuales hay muchas variaciones, se basan en dos dimensiones psicológicas de comportamientos: la asertividad y la cooperación.

La asertividad es el grado en que una persona se esfuerza por satisfacer sus propios deseos. Esto es legítimo y un desafío importante. Pero no me basta con quedarme en eso y ahí está la cooperación, que significa el grado en que los esfuerzos se dedican a la satisfacción de los deseos del otro. Cuando entro en una comunidad hay algo de mí mismo que ya no es completo. Debo ceder algo para compartir la vida con el otro.

A. ESTILO DE EVITACIÓN

En la evitación no buscamos la expresión ni de nuestros propios deseos ni los del otro. Simplemente, cuando vemos una diferencia, un problema, nos corremos, nos escapamos, evitamos, somos diplomáticos. Evitamos el

conflicto.

B. ESTILO DE IMPOSICIÓN

Predomina la asertividad. Uno necesita expresarse como es; necesita expresar su identidad, su originalidad. No importa los objetivos del otro. Por ejemplo, se puede utilizar el que uno de los dos cónyuges es mejor para alegrar y se impone. Porque tiene una mayor capacidad. O también, uno de los dos es más evitativo del conflicto y el otro lo enfrenta porque sabe que tiene más capacidades para discutir, porque sabe más de un tema o tiene más autoridad.

C. ESTILO DE CESIÓN

Complementa al de imposición, porque siempre que alguien se impone hay alguien que cede. A estas personas se las ve como personas positivas, altruistas, porque están continuamente cediendo. Y puede ser a tal punto que no demuestran nada de lo que son. La persona que cede está continuamente yendo contra su propia persona. Y algún día, va a percibir ese costo. Y alguna vez, tarde a veces, se expresa y lo hace en forma muy conflictiva, porque a esas alturas de la vida quizás no tenga arreglo.

D. ESTILO NEGOCIACIÓN

Éste es un estilo intermedio, que está en el punto medio de la asertividad y de la cooperación. Aquí cada uno cede un poco, se negocia. Nos ponemos de acuerdo en la diferencia. Lo característico de este estilo es encontrar una resolución rápida y mutuamente aceptable que satisfaga parcialmente a ambas partes. Aquí no quedan satisfechas las dos partes, pero, por lo menos, se llega a un acuerdo rápido. Se parte la diferencia.

E. ESTILO DE COLABORACIÓN

Es un estilo que muestra, al mismo tiempo alta asertividad y alta cooperación y podríamos decir que es un ideal al cual uno debería aspirar o para el cual entrenarse, porque no es fácil. Este estilo implica un esfuerzo para vivir con la otra persona, para encontrar alguna solución que satisfaga plenamente los intereses de ambas partes.

Cada uno de nosotros es capaz de desarrollar las cinco modalidades de estilos para enfrentar situaciones conflictivas. Sin embargo, tendemos a usar, en forma preferente, algunas más que otras. Esto se debe a factores de personalidad, a predisposiciones, y/o a un mayor entrenamiento. Es decir, la persona se ha ejercitado más en un estilo que en el otro, probablemente porque en su familia se usaba ese estilo. La persona aprende lo que ve en su familia. Y es por esto que es tan importante que ustedes, les están enseñando a sus hijos a resolver los conflictos de acuerdo a como ustedes los resuelven. Porque en la manera en que ustedes los resuelvan, ellos está aprendiendo y le tendrán terror al conflicto o lo enfrentarán, y podrán aprender a resolverlo muy exitosamente.

Dinámica

Cada matrimonio conversa las siguientes preguntas:

1. ¿Me cuesta pedir perdón? Al hacerlo, ¿me siento humillado o dignificado? Al reconocer mis pecados ante Dios, ¿he descubierto las maravillas de su misericordia y su perdón?
2. ¿Qué imagen de Dios reflejaban mis padres? ¿Soy yo más bien severo o per-

misivo con mis hijos? ¿Cómo se debe perdonar? ¿Cómo lo hacemos en la casa? ¿Pido yo perdón a mis hijos?

3. En nuestra vida matrimonial: ¿Cómo vivimos el perdón? ¿Qué experiencias bonitas recordamos? ¿Hemos cometido errores en esto?

PROPÓSITO

Elegir un momento especial para pedirnos perdón, sabiendo que en la vida diaria también nos hemos faltado el respeto.

En un momento de recogimiento, cada uno reflexiona sobre:

- a) Situaciones en que YO he faltado el respeto a mi cónyuge.
- b) Situaciones en que MI CÓNNYUGE me ha faltado el respeto.
- c) Situaciones en las que hemos tenido "gestos" para pedirnos perdón.

Se expresan con tacto y delicadeza, PERDÓN por las heridas causadas en frases como: Yo te he faltado el respeto cuando

.....

Me has faltado el respeto cuando

.....

Mis gestos de pedirte perdón han sido

.....

Se termina este momento rezando el Padrenuestro.



REUNIÓN 8

El sacramento del matrimonio, don y tarea

OBJETIVO

Reconocer el sacramento del matrimonio como regalo para conquistar y vivir el ideal de familia cristiana, tarea que implica trabajo personal, matrimonial y la participación en los sacramentos.

37

Contenido

El sacramento del matrimonio garantiza a los esposos las gracias necesarias para vivir la profundidad del misterio. Por esto el sacramento posee una función santificadora o santificante para los esposos, y, a través de ellos, para los hijos y para la sociedad.

Es una gracia que santifica a los dos en conjunto, no a cada uno por separado, ya que eleva el vínculo matrimonial a la categoría de un sacramento. Por ser una gracia eficaz, ambos esposos son capacitados para amarse y para permanecer indisolublemente

unidos de por vida, de ser fiel uno al otro, de ser fecundos en una auténtica paternidad y maternidad, que refleja y hace presente la fecundidad de Cristo y de la Iglesia.

Es también una gracia que permanece durante toda su historia matrimonial y familiar. Esta gracia será más o menos fecunda en la medida que los esposos conscientemente la cultiven, desarrollen y hagan presente en la vida cotidiana, y que la alimenten a través de los sacramentos habituales: confesión y eucaristía.

Trabajo matrimonial y en grupo

Como ayuda, llevar impreso en una hoja de resumen que se entregue a cada matrimonio y donde aparezca:

a) Definición del matrimonio según el Catecismo de la Iglesia Católica que se puede explicar como un complemento a lo expresado por los matrimonios en la dinámica. (CIC, N° 1601)

1601 “La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Nuestro Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados” (CIC, can. 1055,1)

b) La gracia del sacramento (CIC, No 1641, 1642)

1641 “En su modo y estado de vida, (los cónyuges cristianos) tienen su carisma propio en el Pueblo de Dios” (LG 11). Esta gracia propia del sacramento del matrimonio está destinada a perfeccionar el amor de los cónyuges, a fortalecer su unidad indisoluble. Por medio de esta gracia “se ayudan mutuamente a santificarse con la vida matrimonial conyugal y en la acogida y educación de los hijos” (LG 11; cf LG 41).

1642 Cristo es la fuente de esta gracia. “Pues de la misma manera que Dios en otro tiempo salió al encuentro de su pueblo por una alianza de amor y fidelidad, ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos” (GS 48,2). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros (cf Ga 6,2), de estar “sometidos unos a otros en el temor de Cristo”

(Ef 5,21) y de amarse con un amor sobrenatural, delicado y fecundo. En las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero: ¿De dónde voy a sacar la fuerza para describir de manera satisfactoria la dicha del matrimonio que celebra la Iglesia, que confirma la ofrenda, que sella la bendición? Los angeles lo proclaman, el Padre celestial lo ratifica... ¡Qué matrimonio el de dos cristianos, unidos por una sola esperanza, un solo deseo, una sola disciplina, el mismo servicio! Los dos hijos de un mismo Padre, servidores de un mismo Señor; nada los separa, ni en el espíritu ni en la carne; al contrario, son verdaderamente dos en una sola carne. Donde la carne es una, también es uno el espíritu (Tertuliano, ux. 2,9; cf. FC 13).

c) Bienes y exigencias (CIC, No 1643 al 1654)

1643 “El amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona -reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad-; mira una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un corazón y un alma; exige la indisolubilidad y la fidelidad de la donación recíproca definitiva; y se abre a fecundidad. En una palabra: se trata de características normales de todo amor conyugal natural, pero con un significado nuevo que no sólo las purifica y consolida, sino las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos” (FC 13).

1644 El amor de los esposos exige, por su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad de la comunidad de personas que abarca la vida entera de los esposos: “De manera que ya no son dos sino

- una sola carne” (Mt 19,6; cf Gn 2,24). “Están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial de la recíproca donación total” (FC 19). Esta comunión humana es confirmada, purificada y perfeccionada por la comunión en Jesucristo dada mediante el sacramento del matrimonio. Se profundiza por la vida de la fe común y por la Eucaristía recibida en común.
- 1645 “La unidad del matrimonio aparece ampliamente confirmada por la igual dignidad personal que hay que reconocer a la mujer y el varón en el mutuo y pleno amor” (GS 49,2). La poligamia es contraria a esta igual dignidad de uno y otro y al amor conyugal que es único y exclusivo.
- 1646 El amor conyugal exige de los esposos, por su misma naturaleza, una fidelidad inviolable. Esto es consecuencia del don de sí mismos que se hacen mutuamente los esposos. El auténtico amor tiende por sí mismo a ser algo definitivo, no algo pasajero. “Esta íntima unión, en cuanto donación mutua de dos personas, como el bien de los hijos exigen la fidelidad de los cónyuges y urgen su indisoluble unidad” (GS 48,1).
- 1647 Su motivo más profundo consiste en la fidelidad de Dios a su alianza, de Cristo a su Iglesia. Por el sacramento del matrimonio los esposos son capacitados para representar y testimoniar esta fidelidad. Por el sacramento, la indisolubilidad del matrimonio adquiere un sentido nuevo y más profundo.
- 1648 Puede parecer difícil, incluso imposible, atarse para toda la vida a un ser humano. Por ello es tanto más importante anunciar la buena nueva de que Dios nos ama con un amor definitivo e irrevocable, de que los esposos participan de este amor, que les conforta y mantiene, y de que por su fidelidad se convierten en testigos del amor fiel de Dios.
- Los esposos que, con la gracia de Dios, dan este testimonio, con frecuencia en condiciones muy difíciles, merecen la gratitud y el apoyo de la comunidad eclesial (cf FC 20).
- 1652 “Por su naturaleza misma, la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y a la educación de la prole y con ellas son coronados como su culminación” (GS 48,1): Los hijos son el don más excelente del matrimonio y contribuyen mucho al bien de sus mismos padres. El mismo Dios, que dijo: “No es bueno que el hombre esté solo (Gn 2,18), y que hizo desde el principio al hombre, varón y mujer” (Mt 19,4), queriendo comunicarle cierta participación especial en su propia obra creadora, bendijo al varón y a la mujer diciendo: “Creced y multiplicaos” (Gn 1,28). De ahí que el cultivo verdadero del amor conyugal y todo el sistema de vida familiar que de él procede, sin dejar posponer los otros fines del matrimonio, tienden a que los esposos estén dispuestos con fortaleza de ánimo a cooperar con el amor del Creador y Salvador, que por medio de ellos aumenta y enriquece su propia familia cada día más (GS 50,1).
- 1653 La fecundidad del amor conyugal se extiende a los frutos de la vida moral, espiritual y sobrenatural que los padres transmiten a sus hijos por medio de la educación. Los padres son los principales y primeros educadores de sus hijos (cf. GE 3). En este sentido, la tarea fundamental del matrimonio y de la familia es estar al servicio de la vida (cf FC 28).
- 1654 Sin embargo, los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente. Su matrimonio puede irradiar una fecundidad de caridad, de acogida y de sacrificio.

Dinámica

Trabajar las siguientes preguntas primero en forma personal y luego intercambiar:

1. ¿Qué nos motivó a contraer matrimonio?
2. ¿Cuáles fueron las principales características que queríamos alcanzar como matrimonio y como familia? ¿Cuáles son los principales obstáculos con los que nos encontramos diariamente para hacer vida este ideal?
3. ¿Cuáles son las gracias (o regalos) propias del matrimonio que hemos experimentado en los años que llevamos casados? ¿Cómo podemos aprovechar mejor este regalo?
4. ¿Podemos recordar algún momento de nuestra vida familiar o matrimonial en la que hayamos experimentado la ayuda del sacramento de la confesión o de la eucaristía como un fortalecimiento del sacramento del matrimonio?

Preguntas para compartir: Si fueran monitores de novios o les pidieran un testimonio

1. ¿cómo definirían el matrimonio?
2. ¿porqué los animarían a casarse?

PROPÓSITO

En la oración final se invita a que cada cónyuge escriba a la Mater, en relación a su matrimonio y familia:

Mater, yo te pido

.....

.....

Mater, yo te ofrezco

.....

.....

Motivar a que hagan una Visita al Santuario y depositen este papelito como Capital de Gracias en el ánfora.

PARA SEGUIR PROFUNDIZANDO

Catecismo de la Iglesia Católica: 1601-1654

MATERIAL COMPLEMENTARIO

LA VIDA CONYUGAL UN CAMINO HACIA DIOS, del libro "LUNES POR LA TARDE", del P. José Kentenich

Párrafos de la conferencia del 16 de Enero de 1961

Las bodas de Caná: Santificación del matrimonio y la familia

A menudo se suele preguntar qué hacían Jesús y la Santísima Virgen en una fiesta de boda, porque participaban precisamente de un casamiento. Se comprendería mejor quizás que hubiesen ido juntos a la sinagoga o fijado un tiempo de ayuno. En tercer lugar, se suma que el Señor obra en esa oportunidad el primer milagro, el primer prodigio tangible, marcando así el inicio de su vida pública.

Quizás conozcamos ya la respuesta corriente que se suele dar a estas preguntas: Jesús quería santificar la vida matrimonial y expresar su respeto por el estado matrimonial. Evidentemente la respuesta es correcta. Consideremos además que hasta ese momento el Señor había pasado treinta años de vida en el seno de la Sagrada Familia. Teniendo en cuenta todas estas cosas se demuestra entonces que Jesús santifica en aquella hora el matrimonio o al menos da testimonio de su respeto por el matrimonio si, no solamente por el matrimonio sino también por la persona casada.

He aquí los elementos fundamentales de la familia: por un lado los esposos, que constituyen una familia. Jesús no se casó, su Madre vivió virginalmente su compromiso conyugal con José. Pero el Señor en cambio pone de manifiesto su valoración del matrimonio, de los esposos, y de lo que es consecuencia del matrimonio: la familia. La mirada del Señor

se dirige plenamente hacia la célula primordial de la sociedad humana, el matrimonio y la familia. Y nosotros somos casados. Por lo tanto, desde el punto de vista del orden de ser objetivo, el tema toca el nervio más íntimo de nuestra vida anímica. Si se informan un poco sobre las corrientes de pensamiento presentes hoy en todo el mundo católico percibirán en todas partes el mismo clamor: ¡Hay que salvar a la familia! ¡Concentrémonos en la familia! Es cierto, tenemos que hacer apostolado en todas las áreas, pero el apostolado más grande es el apostolado de la familia, vale decir, salvar a la propia familia.

El matrimonio es un Sacramento

Lo que me interesa destacar más en esta tarde ya que comenzamos tocando ese tema es estudiar la espiritualidad específicamente laical en relación con la vida específicamente conyugal. La vida conyugal no debe ser una trampa para mí. La familia no es un sacramento, pero el matrimonio sí. Por lo tanto tengo que aprender a aprovechar mi vida específicamente conyugal para sumergirme más hondo en Dios. Permítanme preguntarles ¿qué entienden ustedes por sentido y finalidad del matrimonio?

¿Cuál es el sentido y el fin no de la familia sino del matrimonio? Dejemos por ahora a la familia de lado. Recordemos lo que sabemos al respecto. ¿Qué hemos aprendido ya sobre este tema? ¿Logramos integrar ese saber en el contexto de la problemática actual en torno del matrimonio?

Siempre se nos dijo que el matrimonio, la vida conyugal, tenía tres fines. Los citaré primeramente en su versión latina y añadiré la interpretación pertinente:

Fines del matrimonio

Los fines del matrimonio son: procreatio prolis, la generación y educación de los hijos; mutuum adiutorium, el apoyo mutuo de los cónyuges; y el apaciguamiento del instinto.

Contemplan el panorama actual que ofrece el tema matrimonial. ¡Cuántas corrientes distintas giran en torno de lo que es el matrimonio! Existe en primer lugar «el matrimonio a prueba». ¿Somos compatibles o no? Si no lo somos, ¡adiós! ¡si te he visto no me acuerdo! O bien el divorcio...Ustedes saben mejor que yo cuántos divorcios hay hoy en día. Y luego el punto del control de la natalidad. ¿Qué significa todo esto? Son golpes que se le asestan al matrimonio.

Todas estas tendencias de la actualidad suscitan en cada católico y en el ámbito de los dirigentes de Iglesia, el siguiente interrogante: ¿Cómo es exactamente el perfil del matrimonio católico? ¿Cuál es su sentido? Para estar en sintonía con los planteamientos de hoy, creo que deberíamos poner en primer plano el segundo fin del matrimonio que hemos mencionado más arriba: *mutuum adiutorium*, vale decir, ayuda mutua. Pensamiento que me gusta volcar en la siguiente formulación: el matrimonio es una comunidad de amor y de vida lo más profunda y duradera posible.

Recalco que sobre todo es una comunidad de amor. Por ejemplo, supongamos que padecemos un problema de fertilidad y no podemos tener hijos. ¿Qué nos queda entonces?

La comunidad de amor del matrimonio. Más aún, una comunidad de amor permanente. Naturalmente mantiene su vigencia el otro fin, el de la satisfacción del instinto.

También aquí existe entre los católicos la sensación de que la satisfacción del instinto es una mera concesión a la debilidad humana. Observen que se trata nuevamente del desprecio de los valores de la naturaleza. En la satisfacción de la apetencia sexual subyace también un valor. Y en el matrimonio nos concedemos un derecho mutuo a ello. Desarrollemos una nueva visión de estas cosas.

Les he presentado así toda una serie de problemas de actualidad. ¿Cuál será nuestra respuesta?



REUNIÓN 9

Acogiendo los desafíos de la mano de María desde nuestro Santuario

OBJETIVO

Descubrir el estilo original de Schoenstatt, y el Santuario como lugar de gracias para la renovación de nuestra fe, nuestra vida conyugal, familiar y social.

43

Contenido

El carisma marcadamente mariano de Schoenstatt es el fruto de una experiencia personal, la experiencia de nuestro Fundador, el P. José Kentenich, por lo tanto este carisma no es en primer lugar algo que él desarrolló con una intención especial, sino un regalo de Dios, así como a lo largo de la historia de la Iglesia, cada fundador recibió también su carisma personal como un regalo gratuito y como una tarea: ponerlo a disposición de toda la humanidad.

Nuestro carisma mariano no es un invento,

se fundamenta en la larga historia de la Iglesia y su enseñanza, y más aún en la economía de la redención, que quiso que Jesús naciera de una Madre y que esta fuera su compañera y colaboradora permanente en toda la obra de la Redención. (Citas bíblicas, Santos Padres, Encíclicas)

Dios hizo experimentar a nuestro Fundador, todo el poder educador de la Sma. Virgen, en su propia vida, y en la vida de los que le fueron confiados, para que pudiera proclamar con convencimiento este mensaje como un camino de renovación y de sanación de las múltiples heridas del hombre y del mundo en el que vivimos.

En el caso de Schönstatt, no se trata de una piedad mariana a “la antigua”, de mandas o sólo de oraciones rezadas de memoria, sino de una piedad original, en que destacan las siguientes características:

- Es una piedad **activa**. Es el “nada sin ti, nada sin nosotros” que alude al pacto, al

compromiso o a la Alianza de Amor -como lo llamamos nosotros- que cada persona hace con la Sma. Virgen y que representa nuestro camino original, porque requiere de nuestra cooperación humana y la pone incluso como condición. Es el 1%, que cada uno debe aportar, son los panes que el Señor exige para realizar el milagro de la multiplicación de los panes. A esta cooperación la llamamos "Capital de Gracias". Es decir, todos contribuimos con lo nuestro, en esfuerzos, sacrificios, oraciones, a esta cuenta multipersonal de gracias y todos tenemos derecho a usufructuar de ella.

- Está **asociada a un lugar** al Santuario de Schoenstatt, donde se nos regalan gracias especiales con las cuales la Sma. Virgen apoya nuestro esfuerzo por renovarnos personalmente, como matrimonio y como familias, en nuestra fe.

- Es una piedad no solo activa, sino también **afectiva y efectiva a la vez**, porque nos invita a comprometer nuestro corazón en este proceso de renovación de nuestra fe y de nuestra vida matrimonial y familiar. Nos ponemos con nuestro corazón al amparo, bajo la protección de la sabiduría educadora de la Sma. Virgen, para que ella se manifieste como Reina en nuestras dificultades personales, familiares, laborales, económicas, etc. Pero también, para que, al entregarle nuestro corazón, ella nos forme como cristianos consecuentes, coherentes, íntegros, no sólo en el ámbito puramente espiritual, sino desde dentro, desde el núcleo más íntimo de nuestra personalidad y que se expresa inevitablemente en todos los aspectos de nuestra existencia.

En una oportunidad el P. Kentenich explicó: si regalamos a Dios sólo nuestra inteligencia y voluntad y dejamos al mundo nuestro corazón y nuestros afectos, fácilmente podremos concluir, quién es el que finalmente decide las batallas de la vida cotidiana. Con la entrega cálida e íntegra de nuestra persona, es decir de todo nuestro ser a María como nuestra Madre y Educadora, a través de la Alianza de Amor, mostramos un camino

que ayuda a formar cristianos coherentes, que con su testimonio ayudan a la renovación del ambiente en el que viven, empezando por su matrimonio y familia, pero abarcando toda la sociedad.

Así, no sólo vemos a la Sma. Virgen como modelo ejemplar en todas las circunstancias, como el primer y más fiel apóstol de Cristo, como Compañera y Colaboradora en su obra, sino también como la Madre y Educadora de una fe integral, coherente y consecuente. Quién aprende a amarla y a confiar en ella, puede estar seguro de que será protegido en todas las batallas de la vida, será transformado en un verdadero apóstol y será conducido sin tardanza hacia el corazón de Dios.

El Santuario de Schoenstatt

Los Santuarios pueden tener diferente origen, por apariciones (Lourdes, Fátima), por leyendas (Andacollo, La Tirana), por iniciativa humana (Pompeya, Schoenstatt).

1. Origen del Santuario de Schoenstatt.

Nace por la inspiración de Dios en el alma del P. José Kentenich, nuestro Fundador, el 18 de Octubre de 1914. El P. Kentenich le propone a un grupo de jóvenes convertir la capillita abandonada, en un lugar de peregrinación y de gracias. Juntos le piden a la Sma. Virgen que se establezca allí y obre milagros de gracias, para todas las personas que creyentemente lleguen hasta ese lugar. Ese día se sella lo que después se llama Alianza de amor entre el P. Kentenich y la Santísima Virgen. Escuchemos algunas palabras de ese momento, que el P. Kentenich pone en boca de la Virgen:

"Yo me estableceré con gusto entre vosotros. Pruébenme por hechos que me aman realmente y que toman en serio sus propósitos..."

2. Gracias propias del Santuario de Schoenstatt

Las gracias que la Sma Virgen quiere regalar en nuestros Santuarios, no son gracias

